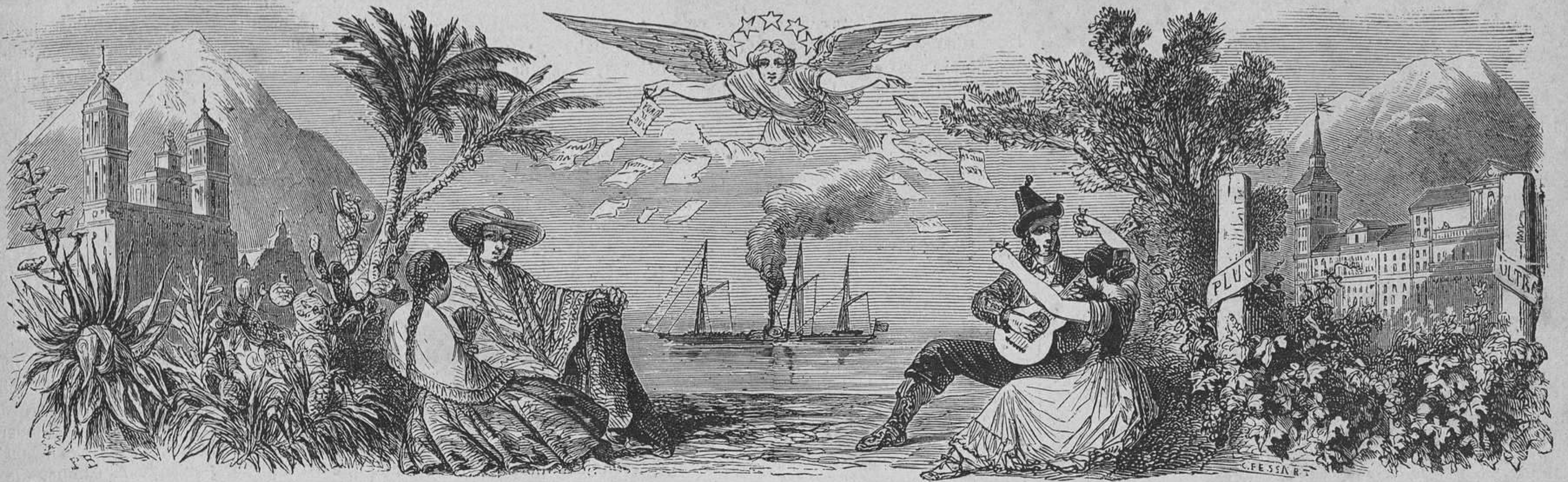


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 770.

## SUMARIO.

Exposicion universal de 1867; grabado. — Revista de Paris. — Poesia. — Historia de un ramillete; grabados. — Acontecimientos de España; grabado. — Estudios literarios: Shakspeare. — La leyenda del fogonero. — Canal maritimo de Suez; grabados. — Debe y haber. — El ferro-carril de Brenner; grabados. — Miguel Faraday; grabado. — Monumento fúnebre de Court; grabado. — Oliverio. — Carlota Patti; grabado. — El café del pabellon egipcio en la Exposicion universal; grabado.

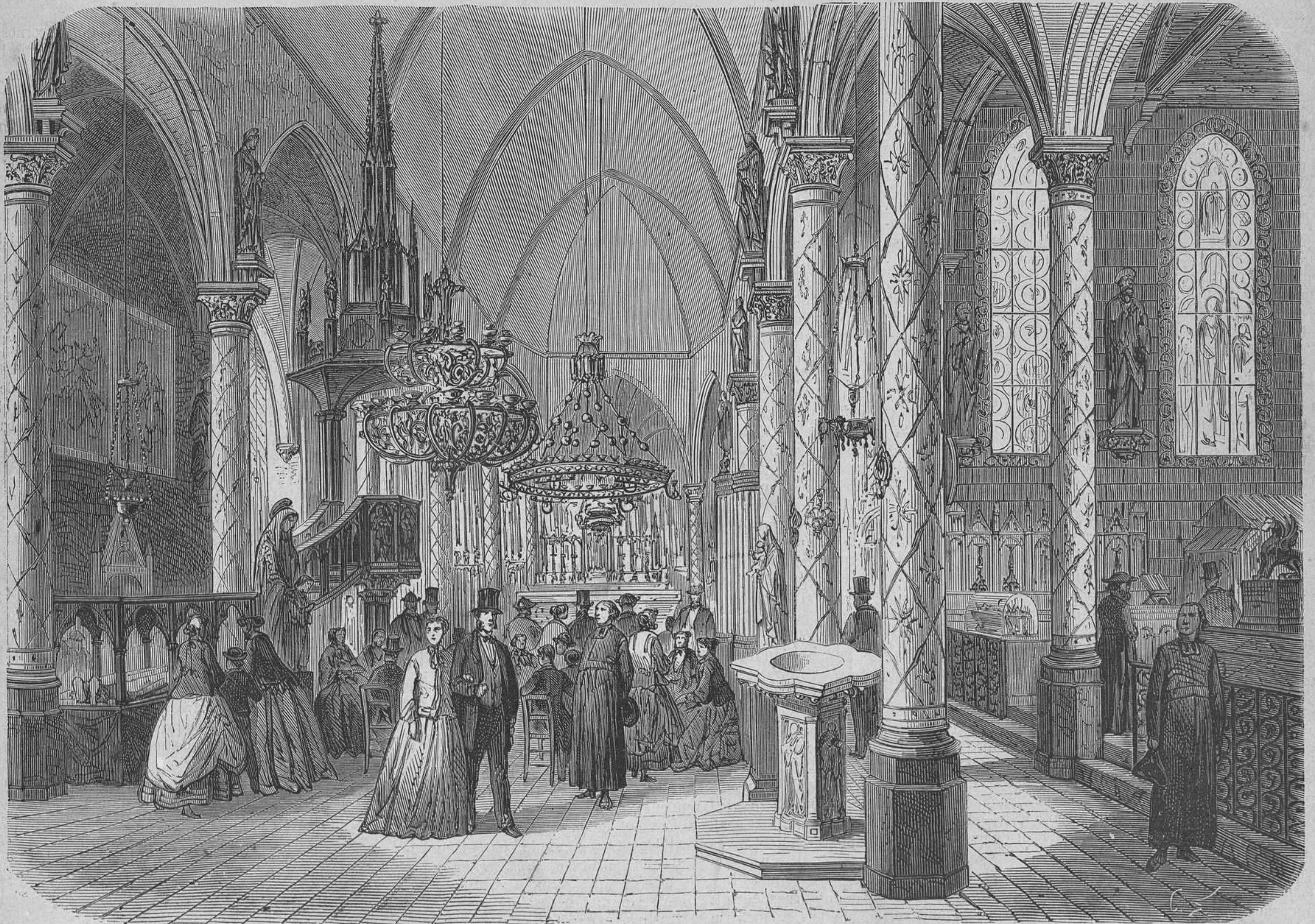
## Exposicion universal de 1867.

LA CAPILLA CATÓLICA EN EL PARQUE.

Ochenta y siete industriales pertenecientes á todas las clases han contribuido á formar bajo la direccion personal de un entendido pintor de vidrieras, M. Ch. Leveque de Beauvais, esta exposicion colectiva de «ar-

tes religiosas,» que no es, á decir verdad, sino una sucursal muy productiva para cada uno de los que figuran en ella: sucursal exclusivamente comercial, donde se reparten con abundancia prospectos y anuncios.

De todos modos, es un espectáculo *sui generis* de una variedad y un interés indecibles el que presenta esta capilla del Campo de Marte. Jamás se creeria que esta ligerisima construccion contiene en su interior tantas riquezas. De todo lo perteneciente al culto se ven muestras aqui, y muestras sumamente curiosas. En primer



EXPOSICION UNIVERSAL. — La capilla católica en el parque.



lugar están las vidrieras pintadas que honran sobremanera á las fábricas ya tan conocidas de Beauvais, Nantes, Mesnil-Saint-Firmin, Lyon, Paris y Nancy; luego hay órganos y harmoniums; pinturas decorativas de toda especie, al óleo, á la cera, en lienzo, en madera, en lava, en esmalte y en yeso; altares, dos de ellos de primer orden, uno de encina y otro de mármol, destinado á Nuestra Señora de Boulogne; los confesonarios, púlpitos, retablos, rejas de coro, tabernáculos, fuentes bautismales, urnas, cuadros, via-crucis en número infinito, estatuas de la Virgen y de los Santos, calvarios, etc., etc. Despues viene la inmensa serie del mobiliario cristiano, alfombras, asientos, cristales, candeleros, arañas, pilas de agua bendita, relicarios, custodias; luego los objetos mismos del culto y los ornatos de iglesia propiamente dichos, doseles, estandartes, casullas, albas, platería de altar; y finalmente completan la exhibición todas las industrias accesorias, desde la librería, las imágenes, el alumbrado, la perfumería (ceras, cirios, incienso), hasta las obras considerables de plomo, pizarra, mármol y cerrajería.

Entre esta multitud de objetos descuellan varias obras verdaderamente artísticas, es á saber: Un Cristo de marfil del siglo XVI, admirable de sentimiento y de ejecución, que falsamente, á nuestro juicio, atribuyen á Miguel Angel, y por el que piden 25,000 francos; algunas de las estatuas de Barbezat y de Durel; una *Mater admirabilis* de piedra pintada, copia del fresco de la Trinita-del-Monte en Roma, y una urna bizantina del platero Rudolphi, dorada, esmaltada y enriquecida de piedras de colores.

P. A. R.

### Revista de Paris.

En la semana que acaba de trascurrir han ocupado el primer término las preocupaciones políticas. Los despachos telegráficos de Italia, en los que se anunciaba primeramente los preparativos de Garibaldi para invadir los Estados Pontificios, despues la prision del célebre agitador italiano y despues las demostraciones mas ó menos importantes á que esta medida del gobierno de Victor Manuel ha dado margen en diversas ciudades de Italia, hé ahí lo que ha absorbido casi exclusivamente en estos dias la atención del público parisiense. Es verdad que sin estos incidentes el horizonte estaba ya bastante cargado de negros nubarrones. ¡Cosa singular! Mientras todos los gobiernos se esfuerzan á porfía en asegurar oficialmente que no se trabaja mas que por la paz, los pueblos se muestran inquietos, alarmados y todo el mundo afirma que es segura una guerra mas ó menos próxima. ¿Guerra, por qué? Aquí está el misterio: los motivos reales no se ven, cuando mas se distinguen los pretextos.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que si hay algo que interesa soberanamente en la actualidad es todo lo relativo á armamentos, á las experiencias que se hacen con las nuevas armas, á la estadística guerrera.

No hace muchos dias el diario oficial del imperio nos ha dado en el análisis de la Exposición universal algunos detalles que han interesado mucho sobre los resultados que se obtienen con las armas de reciente invención. Segun el autor del artículo, los perfeccionamientos del cañon y del fusil, lejos de aumentar las pérdidas en el campo de batalla, las disminuyen. Sea enhorabuena.

Hé aquí las cifras que en apoyo de esta aseveración hallamos en el artículo á que nos referimos:

En Austerlitz, la pérdida de los franceses fué de 14 por 100 en el efectivo combatiente; la de los rusos de 30 por 100; la de los austriacos de 44 por 100.

En Wagram, los franceses perdieron 13 por 100; los austriacos 14 por 100.

En la Moskowa los franceses 37 por 100; los rusos 44 por 100.

En Bautzen los franceses 13 por 100; los rusos y los prusianos 14 por 100.

En Waterloo los franceses 36 por 100; los aliados 31 por 100.

En Magenta los franceses 7 por 100; los austriacos 8 por 100.

Finalmente, en Solferino los franco-sardos 10 por 100; los austriacos 8 por 100.

Ahora bien, antes de abandonar esta cuestión palpitante, veamos cuáles son los efectos producidos por el proyectil del fusil Chassepot, efectos que se han hecho constar en Estrasburgo sobre un cadáver colgado á 15 metros de distancia. Hizo las experiencias un agregado de la Facultad de Medicina de Estrasburgo, M. Sarrasin, quien dice acerca de ellas lo siguiente:

«Estoy lejos de exagerarme el valor práctico de estos experimentos y sé muy bien los *desiderata*, mas fáciles de señalar que de resolver, que ellos presentan, bajo el punto de vista de los efectos producidos por el fusil Chassepot á todas las distancias y en el hombre vivo.

Sin embargo, puedo sacar de los experimentos hechos las siguientes consecuencias:

A corta distancia y sobre el cadáver los proyectiles no se desviaron en su trayecto.

1º El diámetro del orificio de entrada es sensiblemente el mismo que el del proyectil.

2º El diámetro del orificio de salida es enorme, de siete á trece veces mayor que el de la bala.

3º Las arterias y las venas quedaron cortadas transversalmente, encogidas, abiertas; los músculos desgarrados y reducidos á hilas.

4º Los huesos quebrantados en una extensión considerable y fuera de toda proporción con las dimensiones del proyectil.

En suma, los efectos vulnerantes presentan una notable intensidad y es bueno observar que despues de haber atravesado el cadáver el proyectil, taladraba dos tablas de una pulgada de grueso y luego se hundía profundamente en la pared.

Las experiencias comparativas hechas en condiciones idénticas con la carabina de los cazadores, no han causado ni con mucho, desórdenes tan grandes.

Los efectos obtenidos son análogos á los que constan en todos los tratados de cirugía de ejército.»

Segun el parte del general americano Rosencranz sobre la batalla de Murfreesbourg, se necesitaron 27 cañonazos y 155 tiros de fusil para matar á un hombre. Para cada enemigo muerto hay que contar un gasto de 900 libras de hierro.

Hé ahí las noticias, los informes y las observaciones que se leen hoy con mas interés en los periódicos parisienses.

Sin embargo, el viernes último una noticia se difundió en Paris que excitó poderosamente el interés de las crónicas. Fué la del fallecimiento del doctor Veron, personaje importante por mas de un concepto, que ha representado diferentes papeles en la medicina, el comercio, el teatro, la literatura, la política, y sobre todo que se distinguió por su existencia opulenta.

Despues de haber ejercido durante algun tiempo la medicina, en la cual se puso en evidencia con ciertos descubrimientos farmacéuticos, como el de las pastillas Regnault, á las que debe una gran parte de su bonita fortuna, abandonó la facultad y se dedicó al periodismo.

Este fué el primer cambio de su vida siempre tan ocupada, tan múltiple.

Escribió en diversos periódicos, entre otros en la *Quotidienne*, y se cuenta sobre este primer periodo de su vida una anecdotilla que pinta al hombre.

—Dime, Veron, le preguntaba un dia uno de sus compañeros de redacción, M. Laurentie, ¿cómo te las gobiernas para darte tanto tono?

— ¡Yo me doy tono!

— Sí, y la prueba es que tienes á la puerta un lindísimo cabriolé con un elegante jockey, ¿no es cierto?

\* — Ciertísimo.

— Pues bien, yo que trabajo tanto como tú, cuando he concluido mi tarea me doy por satisfecho si poseo 25 sueldos para tomar un coche de alquiler.

— ¿Quieres saber cómo hago?

— Precisamente.

— Pues mira, aquí me dan seis mil francos, tomo prestados otros seis y me hacen doce.

Este dicho original explica la fortuna de Veron, y quizás explicaria la de otros muchos hombres.

Veron quiso ser rico y lo fué efectivamente.

De repente dejó el periodismo y tomó á su cargo la empresa de la Grande Opera.

En esta parte nadie le disputa su actividad é inteligencia. Bajo su administración salieron á luz varias de las obras musicales que aun componen el repertorio vivo de la Academia Imperial de Música.

Veron dió á conocer á Meyerbeer y á Halevy. En 1831 se representó *Roberto el Diablo*, y cuatro años despues la *Judía*.

Sin embargo, en lo mejor de su administración, cuando todo Paris le saludaba como el primero de los empresarios habidos y por haber, Veron renunció á las óperas y los bailes y se introdujo en la carrera política.

Presentóse candidato á la diputación, y como hubiera fracasado su candidatura, volvió otra vez al periodismo, y en el año 1844 se hizo con la propiedad del *Constitutionnel*, periódico al que dió una boga inmensa, debida al folletín, en el que figuraron las mas célebres obras de Federico Soulié, Balzac y Eugenio Sué, entre otras la novela de este último autor, titulada *el Judío Errante*, por cuyo manuscrito pagó una cantidad inusitada hasta entouces.

Veron no abandonó su propósito de penetrar en las Cámaras, si bien no pudo lograrlo hasta muchos años mas tarde, despues del 2 de diciembre y gracias al decidido apoyo del gobierno.

Su ambición de hombre político ha sido estéril. Muy luego se retiró pues, vendió el *Constitutionnel* y se dedicó á escribir obras literarias y de historia contemporánea, siendo la mas notable de todas ellas la que se titula *Memoires d'un bourgeois de Paris*, libro que abunda en anécdotas importantes para el que quiera conocer la historia contemporánea.

Hemos dicho que lo que distinguía principalmente al doctor Veron era su vida opulenta, y en efecto, tenia fama de ser uno de los hombres mas entendidos en el sibirismo culinario, lo que no es poco decir tratándose de una ciudad como Paris, en donde tanto abundan los que se consagran á la gastronomía. Durante muchos años se le ha visto ocupar una mesa en el famoso restaurant de la *Maison d'Or*, donde le servían los manjares mas exquisitos. Sus convites han sido célebres tambien, algunos de ellos tanto, que han

merecido el nombre de orgías. Durante muchos años su mesa ha sido una de las primeras de Paris, y su cocinera Sofia es tan conocida como el mismo doctor de todos cuantos frecuentaban la opulenta casa.

M. Veron ha muerto á senta y nueve años, dejando una fortuna de tres millones de francos, que heredará M. Leroy de La Durie, sobrino suyo. Entre las liberalidades testamentarias del doctor se cuenta una suma de 30,000 francos para su cocinera Sofia.

El doctor Veron era tan popular en Paris, que ha concurrido á su entierro una multitud considerable. Entre los amigos mas íntimos del difunto, que figuraban en el cortejo, se veían numerosos representantes de la política, las artes y la literatura.

Un destacamento del 5º batallón de la guardia nacional le hizo los honores fúnebres, como corresponde á un oficial de la Legion de Honor. Despues de la misa, en la que cantaron artistas de la Opera, la comitiva se dirigió al cementerio, donde segun la voluntad del difunto no se pronunció discurso alguno sobre su tumba.

Las crónicas de la semana cuentan tambien varios episodios de caza de distintos géneros. Dejemos hoy los que se refieren á las terribles fechorías de los cazadores inexpertos y elijamos entre los de carácter mas alegre.

Hé aquí uno que no deja de ser divertido.

La singularísima escena que vamos á referir y que tomamos de un periódico parisiense, ha tenido lugar en los bosques de Fontainebleau:

Un cazador agobiado bajo el peso de las aves muertas que llevaba en la sarta de su correa, ve de repente un soberbio venado que iba á pastar por aquellos campos y le envía su última bala con tal acierto, que le tendió en tierra. Quiso cargar con él, pero no pudo hacerlo solo. Llama y nadie acude, y entonces tomó el partido de sentarse junto á su víctima, pero la noche se acercaba, el cazador tenia hambre, y se decidió á buscar al guarda, dejando junto al venado la caza y el fusil.

— ¿Habeis sangrado al animal? preguntó el guarda.

— No.

— Entonces habeis marrado el tiro.

— Os aseguro que está bien muerto.

— No hay que fiarse. Y si no, vamos á verlo.

Llegaron al sitio en que habia caído el venado, y nada vieron. El animal recobró conocimiento por efecto de la coagulación de la sangre sobre las heridas, y habia huido llevándose la caza de su vencedor, y el instrumento de su propio suplicio. A la mañana siguiente le encontraron unos leñadores á mas de una legua de Fontainebleau, con la escopeta entre las patas, y rodeado de las perdices muertas por el cazador.

No se dice si el venado trató de defenderse de los leñadores.

Antes de concluir esta revista, tenemos que hacernos cargo de una profecía interesante sobremanera, porque habla ni mas ni menos que con todo el mundo.

Sabido es que existe en Inglaterra una escuela profética, cuyo jefe es el doctor Cumming, pero lo que quizás no se sabe tanto, es que esta escuela tiene anunciado el fin del mundo para el presente año de 1867. A pesar de lo poco que de él queda, la escuela se afirma en la profecía, y lo que es mas, anuncia estos dias el programa de la catástrofe, que será como sigue:

En primer lugar, el sol, la luna, las estrellas se negarán á alumbrarnos despues de pasar por insondables tinieblas, para dar á la humanidad tiempo de que se arrepienta; un terrible cataclismo acabará con nuestro planeta, y campos, bosques, mar y tierra, no formarán mas que una inmensa tortilla, en que desaparecerán para siempre hombres y cosas. Los discípulos de esta escuela aseguran, en artículos recientes, que todos los acontecimientos han sido pronosticados por los profetas. Abrid el Apocalipsis, dicen: el temblor de tierra fué la revolucion francesa; el eclipse de sol la muerte de Luis XVI; la luna manchada de sangre el fin trágico de María Antonieta, etc., etc. Ante tales pruebas no hay mas que prepararse á bien morir, si es que aun nos queda tiempo para ello.

Los teatros de Paris no nos han dado ocupación esta semana. Habiase dicho que en el Lírico íbamos á tener la primera representación de la *Jolie fille de Perth*; pero esta se ha retrasado hasta mediados de noviembre, época en que concluyen las representaciones de la señorita Nilsson. Entre tanto hacen el gasto *Marta y Romeo y Julieta*.

En la Grande Opera se ensaya el *Corsario*, baile de fecha antigua, que se vuelve á poner en escena exornado con nuevos esplendores. La bailarina Granzow reemplazará á la graciosa Rosati en el papel que ha valido á esta última tantos triunfos.

La *Gaceta musical* de Paris trae en su último número una noticia que interesará á nuestros lectores de Buenos Aires. Parece ser que en todo el mes próximo saldrá de Paris con dirección á Buenos Aires una compañía lírica y dramática, que desempeñará bajo la dirección de M. d'Hôte el repertorio de los Bufos Parisienses. Entre los artistas contratados se citan los nombres de las señoras Philippe, Amelia Genettier y Renaudy, del Teatro Lírico. M. Coedes, improvisador y cantante cómico conocido ya en los salones de esta capital, está ajustado tambien por tres años en calidad de director de orquesta de esta compañía, á la que deseamos el buen éxito que el talento de los que la componen se merece.

MARIANO URRABIETA.



## Poesía.

## ALBORADAS. (1)

## X.

En estas nobles montañas  
Que el mar cantábrico bate,  
La fe divina florece  
Y sus aromas esparce;  
Mas, como nace el argóma  
Entre las flores del valle,  
Así alguna vez la duda  
Entre la santa fe nace.  
— ¡Hijo, si en riesgo te vieres  
En esos traidores mares,  
A la Virgen de Begoña  
Le pedirás que te salve.  
— Madre, tales peticiones  
Son buenas para cobardes.  
— Hijo, á rezar te enseñamos...  
— ¡Pero lo he olvidado, madre!

Descalzos los piés y al hombro  
Restos de náufraga nave,  
Caminito de Begoña  
Va un mancebo con su madre.  
Dan las campanas del templo  
Su santa armonía al aire,  
Y ante la Virgen de hinojos  
Anciana y mancebo caen,  
Y rezan y lloran, mientras  
En los cercanos fresales  
Una doncellita canta  
En la lengua de estos valles:  
«— El que no sepa rezar  
Que vaya por esos mares,  
Y verá qué pronto aprende  
Sin enseñárselo nadie.»

## XI.

Cantando va sus amores,  
Al despuntar la alborada,  
La caserita de Arróna  
Caminito de Zumáya,  
Y á sus cantares responden  
Las aves en la enramada,  
Y el Uróla en la llanura,  
Y el *mutillá* en la montaña.  
Sus rubias trenzas de pelo  
Flotan al soplo del aura  
Y sus megillas hermosas  
Que arquea sonrisa plácida,  
Claveles de Donostia  
Parecen en lo encarnadas.

— ¡Ay, caserita de Arróna,  
No tornes á la montaña,  
Que las ventiscas del Hirnio  
Morena pondrán tu cara!  
— Tengo padres en la aldea,  
— Tendrás en la villa galas.  
— Allí hay quien me da su mano.  
— Y aquí quien te da su alma.  
— Señor, en los caseríos  
Suele cantarse esta *canta*:  
«Acuérdate de la hormiga  
Si de volar tienes ansias,  
Que hasta el cuerpecito pierde  
Cuando le nacen las alas.»

## XII.

Nacieron dos doncellitas  
En estas montañas altas  
Y fueron las dos creciendo  
Puras, lindas, perfumadas,  
Como en un tallo dos rosas  
O en un ramo dos manzanas,  
Envidia de la llanura

Y encanto de la montaña.  
A las fiestas de la villa  
Bajaron una mañana;  
Desde el día en que bajaron  
Una llora y otra canta.  
— Hija mía, ¿por qué lloras?  
— Madre, los montes me espantan.  
— Pues si te espantan los montes  
Te casaré en tierra llana.

— Allá abajo, en la llanura,  
Tocan á muerto campanas,  
Y acaso tocan, Dios mio,  
Por la hija de mi alma.  
Desde que casó, parece  
Rosa de rosál cortada,  
Que sus ojos están tristes  
Y su megilla está pálida.  
¿Qué tienes, hija? le digo,  
Y en vez de responder, calla  
Y llora y los tristes ojos  
Hacia los montes levanta.  
Yo te casaré en los montes,  
¡Oh mi solterita amada!  
Que en los montes está el cielo  
Mas cerca que en tierra llana.

## XIII.

« A la Virgen de Begoña  
Diera mis trenzas de pelo  
Si no porque me hace falta  
Para atar á un marinero. »  
Así dijo la doncella  
Trenzando el rubio cabello  
Y la carita de rosa  
Contemplando en el espejo.  
Así dijo la doncella  
Y á lo lejos, á lo lejos,  
En la llanura marina  
Cantaban los marineros:  
«— Se peinan para nosotros  
Las doncellas de Bermeo,  
Y en todo puerto hay doncellas  
Y en la mar hay muchos puertos.»

Tormentas tiene la vida  
Como el Océano fiero,  
Y en un corazón amante  
Los hombres hallamos puerto.  
¡Ay, no acertó con el suyo  
Aquel navegante ciego  
Por quien la hermosa doncella  
Trenzaba el rubio cabello!  
Las monjas de Santa Clara  
Campanas echan á vuelo,  
Porque es esposa de Cristo  
La doncella de Bermeo  
Que á la Virgen de Begoña  
Dió ayer las trenzas de pelo,  
Que fueron inútil lazo  
Para atar á un marinero.

## XIV.

Se acerca el sol al ocaso,  
Y yo, con el alma inquieta,  
Las colinas de Mendieta  
Traspongo con lento paso.  
Y subo y subo, y al fin  
Gano mas altas colinas,  
Y huello las santas ruinas  
Del templo de San Martín.  
Y aquí me paro un momento  
Y, y por natural instinto,  
Rezo y lloro, y canto y pinto  
Lo que veo y lo que siento.  
Que la sublime belleza  
Del sol tocando á Occidente  
Dice al alma del creyente:  
« Canta y pinta y llora y reza. »

El sol se hundió tras los montes  
Que cual faja de verdura  
Circuyendo la llanura  
Limitan los horizontes.  
Y todo, en tierra y en mar,

Ejerce en mí dulce imperio  
Bañado por el misterio  
De la luz crepuscular.  
Mas ya con sus vibraciones  
« ¡Reza! » una campana dice,  
Y es en el templo en que hice  
Mis primeras oraciones.  
¡Silencio y al mundo vano  
Olvida, alma mía inquieta,  
Que ante Dios, calla el poeta  
Y se arrodilla el cristiano!

## XV.

Como funeraria tea  
Derrama el sol brillo incierto,  
Y tocan tristes á muerto  
Las campanas de la aldea.  
En su féretro un anciano  
Que el pueblo triste acompaña,  
De la vecina montaña  
Baja á descender al llano.  
Dánle, para bien eterno,  
La Iglesia sus bendiciones,  
La amistad sus oraciones,  
Los hijos su llanto tierno,  
Y para que mayor sea  
En este mundo su gloria,  
Muerto, vive en la memoria  
De las gentes de la aldea.

¡Anciano! ante los difuntos  
Siento insólita alegría,  
Y es porque espero que un día  
Descansaremos ahí juntos.  
Siempre las penalidades  
Afronté con alma fuerte,  
Pero siempre ante la muerte  
Temblé en villas y ciudades;  
Que allí, como el aire atruenan  
Músicas y fiestas vanas,  
Pocos oyen las campanas  
Que por los difuntos suenan,  
Y aquí con santo sosiego  
Veré mi viaje finado  
Y á dormir vendré á tu lado...  
¡Adios, anciano!... ¡hasta luego!

## XVI.

Entre el laberinto vario  
De la sombría floresta,  
Levanta la frente enhiesta  
El sonoro campanario,  
Y apenas con su sonrisa  
La aurora el valle engalana,  
El toque de la campana  
Llama á las gentes á misa,  
Y por cuevas y por llanos,  
De fe y de modestia ejemplo,  
Dirigense al santo templo  
Niños y mozos y ancianos;  
Y si la pobreza veda  
Al templo órgano y sonoro,  
Le suplen cantando á coro  
Las aves en la arboleda.

Ya de oír la misa santa  
Sale el pueblo del santuario,  
Y gozoso el campanario  
Un himno al Señor levanta,  
Y llenos de dulce gozo,  
Por la vega y el collado  
Tornan al hogar amado  
El niño, el anciano, el mozo,  
Y de las cumbres lejanas  
Vertiendo el sol luz á mares,  
Parece unir sus cantares  
Al himno de las campanas.  
Tambien yo á estos infinitos  
Hosannas uno mi acento,  
Que abrasado en fe me siento  
En estos campos benditos.

ANTONIO DE TRUEBA.

(1) Los versos que van entre comillas, son traducciones mas ó menos libres, de cantares populares vascongados.



HISTORIA DE UN RAMILLETE, POR DAMOURETTE.





## Estudios literarios.

SHAKSPEARE.

Podrían notarse otros muchos puntos de contacto entre el poeta inglés y el griego, que no conoció ó respetó poco la severa ley de las unidades. El atrevimiento poético es otro de los caracteres que no sobresale menos en Shakspeare que en Esquilo: brilla en aquel la misma viveza, la misma destemplanza de metáforas y de expresiones figuradas, el mismo calor de imaginación chispeante y sublime, bien que con formas más inculcadas, pues las incoherencias de una sociedad que salía apenas de la barbarie, mezclan sin cesar en Shakspeare la rusticidad y la grandeza, y parece que uno caiga de las nubes al lodo.

Parece que el poeta inglés ha reservado principalmente esa riqueza de colorido que parece serle tan natural, para las piezas de invención; pues en las históricas es mucho más sencillo.

En cuanto á esa mezcla de prosa y verso, por extraña que nos parezca, brilla siempre en ella el intento del autor que ha determinado la elección entre esos lenguajes según el carácter del personaje y de la situación. La escena deliciosa de Romeo y de Julieta, el diálogo terrible entre Hamlet y su padre, requerían el atractivo ó la solemnidad de los versos; al paso que de nada de eso se debía echar mano para manifestar á Macbeth hablando con los asesinos que le sirven.

Esas transiciones tan repentinas, esos vaivenes tan imprevistos de expresiones, de imágenes, de sentimientos producen grandísimo efecto teatral. Las frías chanzas de los músicos en la sala contigua al lecho de muerte de Julieta, estos espectáculos de indiferencia y desesperación tan inmediatos uno á otro, dicen más sobre la nada de la vida que la pompa monótona de nuestros dolores teatrales.

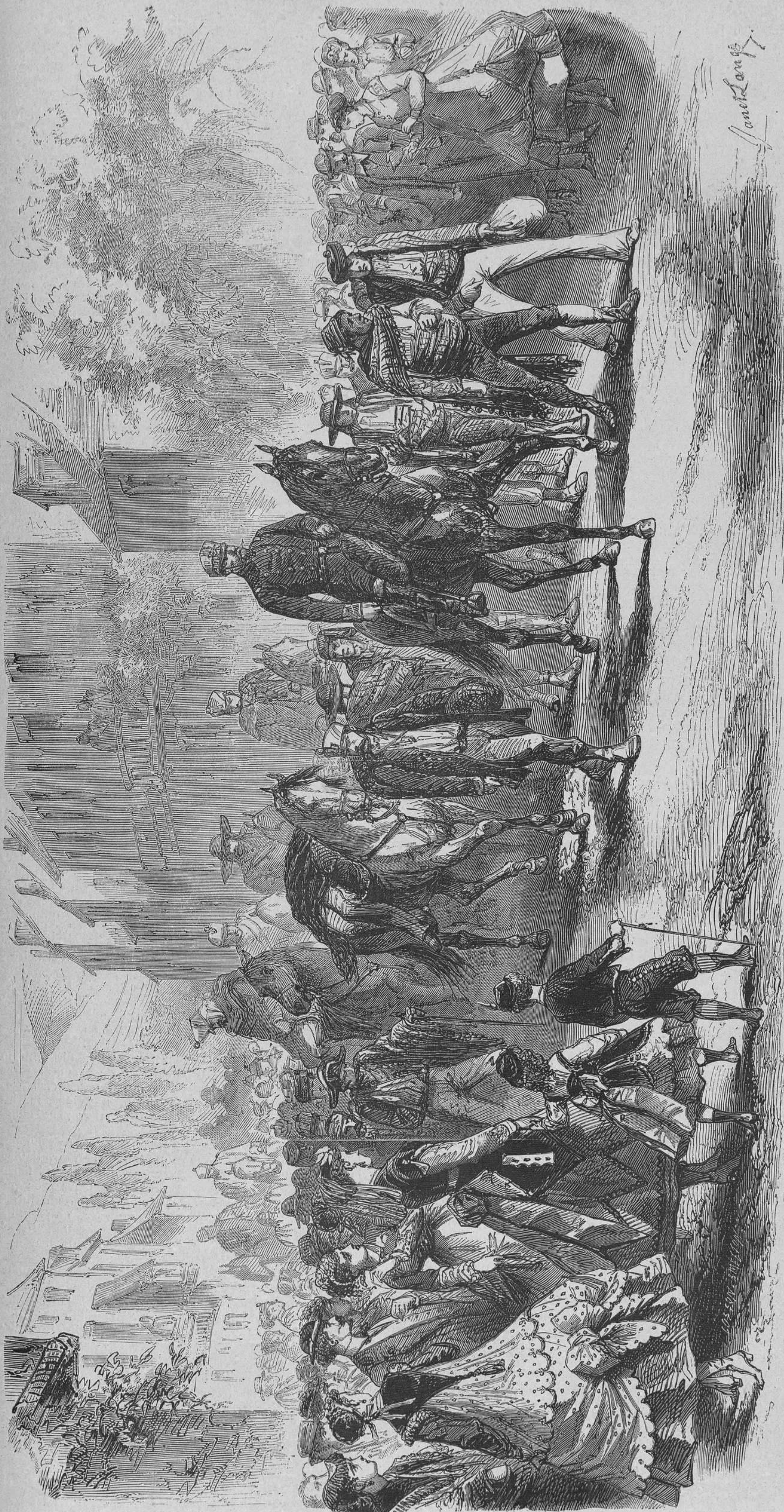
En fin, aquel diálogo grosero de dos soldados de guardia, á media noche, en un lugar desierto, la expresión de su terror supersticioso, sus relaciones sencillas y populares, disponen el ánimo del espectador para las apariciones del espectro y del fantasma, mucho mejor de lo que pudieran hacerlo todos los prestigios de la poesía.

Conmociones poderosas, contrastes inesperados, el terror y lo patético llevados al extremo, bufonadas harajadas con el horror, y que son como la risa sardónica de un moribundo, tales son los caracteres del drama trágico de Shakspeare. *Macbeth*, *Romeo*, *el Rey Lear*, *Otelo*, *Hamlet*, presentan bajo este punto de vista bellezas casi iguales.

Los dramas en los cuales ha prodigado las invenciones de su talento anovelado presentan otro interés muy diferente. Tal es principalmente la *Cimbelina*, producto hártó extraño de un cuento de Bocacio y de un capítulo de las *Crónicas Caledonias*, obra llena de movimiento y de embeleso, donde brilla la claridad más luminosa al través de una trama complicadísima.

Hay, en fin, otros dramas que son una especie de saturnales de esa imaginación tan desordenada siempre y tan libre. Se celebra y admira mucho en Inglaterra la pieza que más cruelmente ha criticado un literato francés.

La *Tempestad* es para los ingleses una de las ficciones más maravillosas de sus poetas; y en efecto, vése en ella una energía creadora, una mezcla singularmente feliz de fantástico y de cómico, en el personaje de Galiban, símbolo de todas las inclinaciones groseras y humildes, de la cobardía más despreciable, de la abyección más ruin y rastrera: y ¿qué embeleso en el contraste de Ariel, de ese silfo tan amable y liviano como disforme



ACONTECIMIENTOS DE ESPAÑA. — Insurrectos españoles entrando en Bagnères de Luchon el día 30 de agosto de 1867.



y perverso? El personaje de Miranda pertenece á esa galería de retratos femeninos tan felizmente delineados por Shakspeare; pero la distingue al mismo tiempo que la embellece aquella inocencia nativa alimentada en la soledad.

Shakspeare no descuella menos los ingleses en la comedia que en la tragedia. Johnson llega hasta el extremo de encontrar sus bufonadas y su alegría preferibles á su númen trágico.

Este último juicio es mas que dudoso, y no puede, bajo ningun concepto, ser admitido por los extranjeros. Es sabido que nada se traduce ni se hace entender en otra lengua mas difícilmente que un chiste.

El vigor varonil y colérico del lenguaje, los arranques terribles y patéticos de la pasión, resuenan á lo lejos, al paso que lo ridículo se evapora y el gracejo pierde su fuerza ó su belleza.

Sin embargo, las comedias de Shakspeare, piezas de intriga mas bien que cuadros de costumbres, conservan casi siempre un carácter particular de buen humo.

Por lo demás no se descubre en él ninguna verosimilitud, y mucho menos la intención de poner la vida real en escena, y esto, y sea dicho de paso, nos explica la razón por qué un célebre entusiasta de Shakspeare tilda desdeñosamente á Molière de prosaico, por ser demasiado exacto y fiel imitador de la vida humana; como si el copiar la naturaleza fuese el plagio de un talento mediano.

Shakspeare no tiene este defecto en sus comedias: una complicación de incidentes extraños, una exageración, una caricatura casi incesante, un diálogo chispeante y animado, en el que brilla mas el autor que el personaje; tales son sus dotes cómicas. Al ver la fantástica chocarrería de su lenguaje, y el capricho de las invenciones, diría cualquiera que Rabelais se ha metido á hacer comedias.

La originalidad de Shakspeare brilla siempre en la variedad de sus piezas cómicas. *Timon de Atenas*, en la cual se ve un no sé qué del fuego satírico de Aristófanes y de la malignidad de Luciano, es una de las mas picantes.

Un antiguo crítico inglés dice que las *Comadres de Windsor* es tal vez la única pieza en que Shakspeare se tomó el trabajo de concebir y ordenar un plan. A lo menos ha puesto en ella mucho fuego, mucho númen y gracejo, y se ha acercado en ella mas que en ninguna otra al feliz *prosaismo* de Molière, pintando con los mas vivos colores, las costumbres, los hábitos y la imagen de la sociedad. Ningun personaje de las tragedias del poeta inglés ha sido mas admirado en Inglaterra, ni es mas trágico que el de Shyloke en la comedia del *Merceder de Venecia*.

Vense trazados en él con una energía inimitable la sed inextinguible del oro, la crueldad mas codiciosa y rastrera, la aspereza de un odio enconado por las afrentas; al mismo tiempo que uno de esos caracteres de mujer, tan graciosos bajo la pluma de Shakspeare, derrama en esta misma obra, en medio de una trama anovelada, el encanto de la pasión.

Las comedias de Shakspeare no se proponen ningun objeto moral: divierten la imaginación, mueven la curiosidad, recrean, pero no son lecciones mas ó menos simuladas de costumbres. Algunas de ellas podrían compararse al Anfitrión de Molière, pues tienen su gracia y sus giros libres y poéticos.

A ese género de composición pertenece el *Sueño de una noche de verano*, composición desigual, pero muy linda, en que la hechicería proporciona al poeta lo maravilloso y ameno.

Shakspeare, que á pesar de su originalidad, ha tomado pensamientos y formas de todas partes, imita tambien la novela pastoril italiana del siglo XVI, y ha sabido representar de un modo agradable los ideales amores pastoriles que habia hecho de moda la *Aminta* del Tasso.

Su pieza intitulada *As you like it* está llena de hermosos versos y descripciones ligeras y graciosas. Molière, en su *Princesa de Elida*, puede darnos una idea de esa mezcla de pasiones sin verdad y de pinturas campestres sin naturalidad. Es un género falso bien tratado por un hombre de talento.

Sea de esto lo que fuere, esas composiciones diversas, esos esfuerzos tan variados de imaginación prueban la riqueza del númen de Shakspeare, la que brilla asimismo en esa multitud de sentimientos, de ideas, de miras, de observaciones de todo género, que llenan indistintamente todas sus obras, que nacen bajo su pluma, y que se pueden sacar de sus composiciones, aun de aquellas en que estuvo menos feliz.

Se han hecho colecciones de los pensamientos de Shakspeare, se le ha citado á cada paso y bajo todas las formas, y ningun hombre que se precie de literato puede abrirle sin encontrar en él mil cosas que no se olvidan jamás, pues en medio de aquel exceso de pujanza, de aquella expresión harto subida que da á menudo á sus caracteres, brillan rasgos de tal naturaleza que hacen olvidar sus defectos.

M. DE F.

### La leyenda del fogonero.

A las diez de la noche habia salido de Marsella: era el tren-express, y llevaba el número 4.

Constaba de ocho coches de primera, dos wagones de equipajes, un wagon completo de *chateau-laffitte* en bar-

riles y tres wagones llenos de tierra sulfurosa de Lahore. ¿Os admirais de estos últimos cargamentos? Aguardad.

El jefe del tren se llamaba Bertrand; los guardafrenos Passard y Crollac; el maquinista Grubert y el fogonero Frohlig.

Era en invierno, y no habian subido mas que doce viajeros en Marsella: M. Batelier, cambista de Paris, y uno de sus dependientes; el cónsul general de Rusia en el Cairo, su mujer, sus dos hijas, su aya y una camarera; un empleado superior del istmo de Suez, dos desconocidos, y por fin, sir William Flambothnot esq. (de Harrogate Isrkschire).

Este último acababa de llegar de las Indias, donde habia ido á pasar cuatro años para mejorar su *chateau-laffitte*. Viajando por el reino de Lahore con cincuenta acémilas para llevar sus barriles, y doscientos cipayos para escoltarlos, habia descubierto en el fondo de una excavación natural extraños yacimientos, mitad hulla y mitad azufre de una potencia calorífica extraordinaria.

Habia hecho arrancar 15,000 kilogramos que deseaba someter á la sociedad de geología de Edimburgo, de la cual era miembro corresponsal. Llegado á Marsella por la vía de Suez, habia obtenido de la compañía de Lyon, mediante una crecida suma, la autorización de llevar consigo en el tren-express lo que él llamaba sus tesoros, esto es, su vino y su tierra.

El tren marchaba con la velocidad reglamentaria de 43 kilómetros por hora. Serian sobre las cuatro y cuarto de la mañana: la noche estaba oscura y lluviosa, cuando entre Tain y Saint-Rambert se originó una discusión entre Grubert y Frohlig. Hacia mucho tiempo que estos hombres no se querían. El primero era de carácter duro y grosero; el segundo poco inteligente, pero lleno de buena voluntad. Cargado de familia, hacia diez años que estaba en la compañía, y atribuía, con razón ó sin ella, sus escasos ascensos á los informes de su maquinista.

Sin embargo, en la discusión habia llevado toda la calma posible, porque sabia extra-oficialmente que iba á pasar á otro depósito en calidad de aprendiz de maquinista. Por su mala suerte Grubert, segun su costumbre, dejó escapar la palabra «informe.»

Frohlig se puso pálido, vió fallidas todas sus esperanzas, su sueño dorado retardado diez años todavía, su familia pereciendo de hambre.

— No hareis esto, señor Grubert, le dijo con voz trémula y suplicante.

— Y ¿quién puede impedírmelo? Ya lo vereis al llegar.

— Pues bien, entonces sois un miserable.

El maquinista encendido de cólera se acercó á él con los puños cerrados.

— Tú no te atreverás á repetirlo.

— ¡Tú eres un miserable!

Grubert levantó el brazo, y una mano dura como unas tenazas lo cogió en su movimiento. Probó desasirse de ella, pero en vano: dió saltos y empujes, y de repente dejó escapar un grito horrible; acababa de resbalar entre la máquina y el primer wagon.

Frohlig, pálido como un cadáver, apoyadas las manos en la escalerilla, miró aterrorizado la vía: el cuerpo mutilado de Grubert estaba ya lejos de su vista.

El tren corria con una velocidad de 43 kilómetros por hora: se acercaba á Saint-Rambert, donde hay cinco minutos de paro.

La cabeza de Frohlig se perdió por completo. Gendarmes, jueces, cadalso, todo se le aparecía: echó dos paladas de hulla en la rejilla, y pasó de largo la estación. El jefe de tren y los guardafrenos no sabian lo que esto significaba, y la campanilla de la locomotora vibraba con fúnebre tañido.

Frohlig cortó la cuerda y continuó avivando el fuego. El tren marchaba con una velocidad de 55 kilómetros por hora.

El jefe del tren, no pudiendo valerse ya de la campanilla, hacia señas con las manos á los peones de la vía. Los guardas, que no suelen ser de los que han inventado la pólvora, no le comprendian, y corrian hácia el tren preguntando: ¿qué es lo que hay?

Pero el jefe de una pequeña estación, viendo pasar como un rayo el tren que aguardaba media hora mas tarde, telegrafió inmediatamente á la estación mas próxima:

«El tren número 4 está loco: viene hácia vosotros. Despejad la vía y haced correr el telégrama.»

Y la dejaban libre, y pasaba el tren, y decian los empleados: cuando no tendrá mas agua ni carbon, parará por fuerza.

Pero no sabian lo de la tierra sulfurosa, ni del *chateau-laffitte*. Frohlig, con la agilidad de un gato, saltaba por encima de los wagones, y llenaba los cubos de vino y combustible. Paris dió orden de dirigirlo al ferrocarril de circunvalación, y la estación de La Chapelle le encarriló hácia el Norte. El tren seguía los telégramas: dejó la Francia, penetró en Bélgica, pasó el Luxemburgo, la Alemania.

Corria, corria con una velocidad de 120 kilómetros por hora, 40 kilómetros mas que la mala de las Indias.

El número 4 se ha perdido. Caentan que penetró en Rusia, que pasó á la Siberia, donde la máquina, rodando sobre el hielo, abrió rails naturales en los cuales se encajaban perfectamente las ruedas de los wagones.

Un solo hombre puede darnos noticias de él: este es Frohlig, que lleva actualmente el número 333 en la casa de locos de Stephensfeld (Bajo-Rhin).

El siglo XIX tiene tambien sus leyendas, y el Feroz cazador de la edad media no es mas dramático que el fogonero del tren número 4, que cita la *Fisiología de los ferro-carriles*, de Eduardo Siebecker. C.

### Canal marítimo de Suez.

En medio de las maravillas de la Exposición universal de 1867 correspondia de derecho un puesto importante á la compañía del canal marítimo de Suez, y no solamente se le ha dado, sino que en el día todo el mundo celebra la brillante recompensa que tambien ha merecido. Los visitantes abundan á examinar las poderosas máquinas á que se deberá en gran parte una de las mas bellas obras de los tiempos modernos. La ocasión era propicia para demostrar á todos lo que se desea tan vivamente que sea sabido por todos. M. de Lesseps lo ha comprendido así, y por esto ha abierto en el Campo de Marte unas conferencias que reunen un numeroso auditorio.

Con la claridad de exposición que le es propia, el fundador de esta obra colosal da á conocer todas las dificultades de la empresa, y un vasto plano en relieve que tiene delante de sí le ayuda poderosamente á la explicación. Es un gran método de enseñanza. Hé aquí uno de los discursos de M. Lesseps, uno de los mas notables é interesantes que ha pronunciado, porque hace en él una excursión al terreno histórico, y presenta aquí, como dice él mismo, un resumen de la historia del género humano.

Voy á contaros, dice, en breves palabras la historia del canal y del istmo de Suez, historia que no se ha escrito nunca, y de la cual tampoco habia yo tratado en mis anteriores conferencias. Y eso que es, por decirlo así, la historia de la humanidad, pues por el istmo han pasado cuantos hombres han influido en la suerte de la humanidad.

Idea ha sido esta que me ha movido á presentar á tan distinguido concurso un sumario, ó como si dijéramos, un índice de capítulos de esa historia que hombres mas eruditos y menos atareados que yo podrán escribir mas tarde. En seguida describiré las obras, indicaré su importancia y el estado en que se encuentran, y haré mención ya desde ahora de la cooperación de la ciudad de Nantes, de la cual procede parte del material de nuestros arsenales. De los 50 millones de francos que este representa, los talleres de M. Ernesto Gouin, dirigidos por M. Guibert de Nantes, uno de los mejores ingenieros navales de Francia, han proporcionado ocho millones.

El corte del istmo está destinado á hacer comunicar á trescientos millones de occidentales con setecientos millones de orientales, disminuyendo de 3,000 leguas por término medio la distancia que los separa. Y esta disminución comunicará considerable impulso al movimiento mercantil que existe entre el extremo Oriente y las ciudades todas del mundo occidental, que ocupan, como Nantes, el primer lugar por su inteligencia y actividad. (Aplausos).

El istmo de Suez es una lengua de tierra de 30 leguas de extensión en línea recta desde el mar Rojo al Mediterráneo, y de unas 40 en la línea del canal. El profeta Isaias dice que llegará un día en que desaparezca esa lengua de tierra de Egipto, y que rios de agua dulce correrán por el desierto. Hoy los pequeños capitales y las simpatías de Francia realizan la antigua profecía. (¡Muy bien!).

El canal marítimo que adopta en algunos puntos la línea-curva para aprovechar los terrenos bajos, tiene de Norte á Sur una extensión de 160 kilómetros. Ismailia, centro del istmo, se encuentra á 35 leguas del Cairo y á 70 de Alejandria. Los puertos que se aprovecharán de la apertura del istmo, están por la parte del Mediterráneo á una distancia de 3 á 500 leguas de Puerto-Said, y á 1,000 los mas distantes por el lado del Norte, siendo de 3,000 la disminución que resultará en su favor por el corte del istmo hasta Bombay ó Ceilan.

Hasta para la América del Norte es la disminución de 2,750 leguas, de manera que puede asegurarse que jamás obra alguna ha acercado tanto las distancias opuestas por la naturaleza á las comunicaciones marítimas de los pueblos, ni ha procurado tan grandes beneficios al comercio del mundo.

Hemos fundado á Puerto-Said entre Pelusa y Damietta, no en el fondo del golfo en que se elevó en otro tiempo Pelusa, por la razón de que era preciso hallar el firme de 10 metros lo mas cerca posible de la playa, y de que la situación de las ruinas de Pelusa, que están hoy á igual distancia del mar que antiguamente, no permitía hallar el firme de 10 metros sino hasta 6,000 metros de la orilla. Puerto-Said por el contrario, por nosotros elegido, nos da ese firme á 3,000 metros.

La línea que estais viendo en el mapa es el camino de Siria. En la antigüedad las tierras cultivadas llegaban hasta el istmo. Al Sur del ramal de Damietta veis á lo lejos una ancha cinta verde que indica las tierras cultivadas: esta es la parte oriental del Egipto inferior. Súr-canla canales que circulan entre las tierras como las venas en el cuerpo humano y alimentan la vida y el cultivo allí donde puede llegar el agua del Nilo. Por esto en el Ouady, en la inmediata tierra de Gessen y en las márgenes del canal que hemos abierto hasta Suez, recógenese abundante y fácilmente toda clase de cosechas.

El lago Mensaleh, primera etapa del canal marítimo, tiene 200 kilómetros de circunferencia y 44 de diámetro de Puerto-Said á Kantara; mas hácia el Sur tenemos los lagos de Ballah. En el kilómetro 62 comienza la meseta de El-Guisr que va elevándose hasta 20 metros sobre el nivel del mar y acaba en el lago de Timsah.

Entre este y los lagos Salados se halla el Serapeum, elevado por término medio cinco ó seis metros sobre



el nivel del mar; vienen despues los lagos salados que tienen 25 leguas de circunferencia y de 30 á 40 piés de profundidad, y por último la llanura de Suez que está casi al nivel del mar.

En resumen, las cuatro quintas partes del terreno en la línea del canal están casi al nivel del mar ó mas bajas; únicamente las dos mesetas de El-Guisr y el Serapeum exigen la abertura de importantes trincheras.

Hemos fundado la ciudad de Ismailia en el punto en que el canal marítimo se une con el de agua dulce procedente del Nilo.

Segun los historiadores árabes, las primeras tentativas para unir el Mediterráneo y el mar Rojo por el estrecho pelusiaco, datan del tiempo de Abraham. Para saber lo que era entonces el istmo puede consultarse una piedra geroglífica encontrada en las ruinas de Tebas y descrita en la erudita carta del sabio egiptólogo alemán Brusch; contiénesse en ella el relato del viaje de Seti I, abuelo de Sesostris, quien, de regreso de una expedición á Siria á través Pelusa y una ciudad cuyas ruinas han sido descubiertas por la Compañía en los alrededores de Kantara.

Dirigióse luego hácia el Sur por junto á un lago donde se criaban cocodrilos, lago que ha conservado el nombre de Timsah, pues Timsah significa en árabe cocodrilo, y penetró en un canal en cuyas márgenes se elevaban palacios de recreo.

Dicen las tradiciones orientales que cuando Abraham fué á Egipto, el faraon para festejarle á él y á su mujer Sara, dió comienzo al primer canal que ponía en comunicacion el Nilo con el mar Rojo.

Abraham, despues de seguir en el istmo el camino de Seti I, pudo ver al llegar á Memfis hace 4,200 años la magnífica estatua de Cefren, constructor de la segunda gran pirámide, estatua que podreis admirar en la Exposición universal de Paris:

Es de diorito, piedra extremadamente dura, y el modo como está trabajada denota un arte muy perfeccionado y una admirable seguridad de buril: al pasar por ella la mano parece que se sienten palpar los músculos. De los patriarcas hacemos datar por lo general nuestra historia, mas los recientes descubrimientos de M. Marcette han demostrado que 2,000 años antes de Abraham existía en Egipto una civilización muy avanzada bajo la cuarta dinastía.

Nuestro infatigable y erudito compatriota está ahora buscando monumentos de las primeras dinastías, y es de esperar que anunciará en breve nuevos descubrimientos.

Despues de Abraham vemos llegar al istmo á José vendido por sus hermanos y llevado al faraon que residía en aquella época en las inmediaciones de nuestro canal al Oeste de Kantara, en Tsan (el Avaris de los griegos), ciudad en que M. Marcette ha descubierto recientemente varias esfinges con el nombre del soberano que reinaba en tiempo de José.

Si nos consideramos despues en la llegada de Jacob al istmo, vemos en la Biblia que, saliendo de la tierra de Canaan, se detuvo y esperó á su hijo José en el valle de Gessen (palabra que en hebreo significa pastos), llamado aun por los árabes Tierra de pastos (*Guech*). José dijo á su padre:

«Pedirás á Faraon la tierra de Gessen (esto es, de los pastos), pues nosotros somos pastores de padres á hijos.»

Es probable tambien que el nombre de Suez proceda de *sos*, que en lengua egipcia, considerada en Oriente como anterior al hebreo significaba *pastor*.

Así, pues, Jacob se estableció en el valle en que hemos abierto nuevamente el antiguo canal derivado del Nilo. Allí se encuentran las ruinas de Ramses, ciudad citada en la Biblia, en la cual eran fabricados los famosos ladrillos de los hebreos.

La Compañía del canal marítimo ha mandado verificar excavaciones en Ramses y ha hallado las capas de terreno arcilloso que empleaban los hebreos para la fabricacion de sus ladrillos, sirviéndose de él para las obras de Ismailia.

Conviene no perder de vista el punto de la llegada y permanencia de Jacob y su descendencia en el istmo, pues de allí partirá el pueblo de Israel guiado por Moisés, á pesar de la opinion que coloca la huida de Egipto en el valle situado junto á Memfis á espaldas de Mokattan.

Si ese valle se llama por los árabes el valle de los *Arabah* ó de los *Carros*, no es por recuerdo de los carros del ejército del faraon, como se ha creído, sino porque en la época de los Ptolomeos y de los romanos, los carros recibían allí y trasportaban á las márgenes del Nilo las piedras extraídas de las canteras de la cordillera de Mokattan.

En el brazo tanítico del Nilo, cerca del palacio del faraon, en Tsan, fué recogido Moisés cuatrocientos años despues del establecimiento de Jacob.

Al llevar Moisés á su pueblo fuera de Egipto, la Biblia, cuya rigurosa exactitud he podido comprobar en todas mis exploraciones y viajes, refiere que partió de *Ramses*, sitio en que se ve aun un monolito representando á uno de los faraones así llamados.

La segunda parada bíblica es en *Socoth*, que en hebreo significa tienda, y los árabes llaman á aquel punto *Oumriam*, esto es, madre de las tiendas.

Desde *Socoth*, Moisés, que segun su promesa hecha al faraon había únicamente de ir al desierto á orar al Eterno por espacio de tres dias, se dirigió hácia un punto llamado por la Biblia *Etham*.

Una tribu de pastores que de cuando en cuando lleva sus rebaños á apacentar á aquel punto se llama de los *Ethamis*, pues es costumbre que las tribus árabes den

su nombre al lugar que les sirve de campamento ó lo tomen del mismo.

Al saber Moisés que el ejército de Faraon ha salido en persecucion suya, vuelve atrás obediente al mandato de Dios, y se dirige á acampar en Pi-Hahiroth.

Como Pi-Hahiroth significa en hebreo *Valle de las Cañas*, no cabe duda que ese lugar seria el valle que es continuacion del de Gessen entre el lago Timsah y los lagos Salados, llamado por los árabes *Oued-bet el-Bouze*, *Valle de las Cañas*. Allí estaban entonces los últimos lagos del mar Rojo, como que se hallan aun capas de sal marina procedentes de las evaporaciones de los siglos y conchas del mismo mar Rojo. Por otra parte los antiguos no daban al último sino 15 leguas de extension, y tengo por cierto que los lagos Salados eran el golfo de Heroopolis.

Segun la Biblia, Pi-Hahiroth estaba situada entre el mar (al Sur), Medgol (al Norte), Beal-Zefon (á Oriente), y Pi-Toum (al Ocaso); el mar llegaba hasta los lagos Salados; Megdol era la fortaleza de Megdol ó Magdolum de los romanos, cuyas ruinas se ven aun junto al camino de Siria; Baal-Zefon era un templo levantado en el cerro mas alto en conmemoracion de la lucha de Osiro contra Tyfon, y puede indicar el postrer límite de la fecundidad dada por el Nilo al desierto.

Pi-Toum era la desembocadura del Ouady, y se llama aun valle de Toum, que significa *gollete, desembocadura*; y en efecto el Ouady forma como un cuello de botella entre las últimas tierras cultivadas de Egipto y el desierto. Por todo ello el ejército del faraon presentándose delante de Pi-Hahiroth en el momento en que los hebreos acababan de acampar allí, hubo de creer reducirlos fácilmente; pero Dios levantó aquella tarde una tormenta descrita en la Biblia con gran exactitud, y los egipcios hubieron de aplazar el ataque al día siguiente.

En mi primera exploracion del istmo en 1854, estando acampado en el mismo sitio, fui testigo de una tempestad análoga, y mis esfuerzos y los de mis compañeros no lograron sujetar las cuerdas de nuestra tienda, la cual fué derribada. Los guijarros nos herian en el rostro y las manos con violencia tal que producian cardenales, y la fuerza del viento rechazaba las aguas en los puntos en que eran poco profundas.

Moisés se aprovechó del auxilio que Dios le enviaba, pero avanzando otra vez las aguas al calmarse la tempestad y siendo el flujo del mar Rojo 1m,30 á 1m,80, el ejército del faraon debia ser detenido ó sumergido.

Sabido es que verificado el paso el pueblo de Israel divagó por espacio de tres dias por el desierto del Sur, que aun se llama así, y que agotada la provision de agua, Moisés hizo acampar á su pueblo cerca de un pozo de agua salada, al que dió el nombre de *Marés*. Las cartas geográficas señalan aun hoy al Este del lago Timsah un pozo llamado *bir-mara*, nombre que en árabe y en hebreo significa *salado*.

Dios dijo á Moisés que arrojara á él ramas de un arbusto que crece en el desierto, y el agua se hizo dulce, práctica que ha conservado la tradicion; los árabes arrojan á las aguas salobres una especie de bérberis que absorbe las materias salinas ó alcalinas y hace el agua potable para paladares poco delicados. (Risas).

Tomando el camino del Sinai los hebreos bajan hácia Suez hasta un punto en que encuentran doce fuentes y setenta palmeras. A dos horas de Suez vense aun esas doce fuentes y los troncos de las setenta añosas palmeras.

¿Qué sucede de importancia en el istmo despues de la fuga de Moisés? La reina de Saba lo atraviesa.

En este punto los anales abisinios traducidos por James Bruce, viajero inglés del pasado siglo, son muy precisos y exactos, y refieren aquel viaje conformándose en un todo con el texto de la Biblia, pero extendiéndose en mas pormenores. Así la reina de Saba, palabra que en hebreo significa *sud*, partió de Etiopía ó Abisinia, siguió la costa de Egipto, pasó el istmo montada en un dromedario blanco, se embarcó en Pelusa y se dirigió á Tiro en busca de la hija del rey Hiram, la cual la presentó á Salomon.

Despues de un año de residencia, durante el cual casó con Salomon, volvió á Etiopía donde dió á luz un hijo; y al contar este ocho años lo envió á Salomon, quien á los catorce años le hizo consagrar rey de Saba en el templo de Jerusalem, dándole el nombre de su padre David ó Daoud. Salomon dispuso que acompañaran á David al volver á Abisinia doce jueces elegidos entre las doce tribus de Israel y un nieto del sumo sacerdote Sadock encargado de llevar y conservar un ejemplar de las tablas de la ley.

Los doce jueces, llamados en Abisinia Umbares, se perpetuaron allí y sus familias continúan hoy en posesion de su antigua influencia y han de acompañar al emperador en sus expediciones.

Al llegar el príncipe á Etiopía, la reina madre abdicó su poder á favor suyo é hizo que su pueblo adoptara la religion judaica; pero como las mujeres no pierden jamás sus derechos, han gobernado de cuando en cuando en Abisinia, y justo es decir que las épocas de su reinado ocupan muy buen lugar en la historia de Abisinia.

Permitidme continuar esta mi digresion relativa á la Abisinia, pues la próxima abertura del canal ha de despertar interés en favor de aquella tierra cristiana, de la cual estamos hoy muy lejos, pero que con el corte del istmo distará pocos dias de Marsella.

La dinastía de Salomon, cuyos reyes sucesivos á contar desde Daoud I explican los anales abisinios, subsiste todavía, pero á últimos del siglo último dejó de ocupar el solio; los gobernadores de provincia se rebelaron, tu-

vieron cautiva á la familia de Salomon, y administraron el pais en nombre suyo.

Esos gobernadores y los que les han sucedido vinieron luego á hacerse intestina guerra, y últimamente el mas poderoso entre ellos, por nombre Theoderos, ha tomado por esposa á una princesa de la familia de Salomon y ha puesto en su cabeza la corona imperial.

El imperio de Abisinia adoptó, á impulso de una mujer, la religion judaica sin derramamiento de sangre; á impulso de otra mujer abisinia, de una emperatriz regente por nombre Elena, el pais abrazó sin turbulencia alguna interior el cristianismo en el siglo III de nuestra era.

Esto sucedió con las circunstancias siguientes:

Dos jóvenes griegos, llamados Frumencio y Adesio, naufragaron en las costas de Abisinia y fueron llevados á la presencia de la emperatriz, la cual no solo los recibió con bondad, sino que los admitió en su corte nombrando á uno preceptor de su hijo y al otro intendente de palacio. Iniciado que estuvo el tierno príncipe en la doctrina evangélica, que se le enseñó en un principio no como religion sino como moral, y al considerársele suficientemente instruido, Frumencio marchó á Egipto y fué ordenado de presbítero por el obispo Atanasio, quien le nombró obispo ó abounah de Abisinia. Este Frumencio es reverenciado por la Iglesia como santo en sus altares.

San Atanasio le dió una constitucion cristiana que obligaba á los abisinios á tomar sus patriarcas de Egipto ó á hacerlos confirmar cada tres años por el patriarca de la Iglesia cofta; y aun en el día el abounah ú obispo abisinio es elegido en el Cairo en el seminario de los cofts.

En la edad media se hablaba de un Preste Juan que imperaba en el interior de Africa, y no era otro que el emperador de Abisinia, quien habia enviado al papa un mercader portugués llamado Mateo para reclamar el auxilio de las naciones cristianas contra la invasion musulmana.

Mateo, recomendado por el papa á la corte de Portugal, trajo planos y mapas que indicaban el cabo de Buena Esperanza unos 80 ó 100 años antes de descubrimiento de Vasco de Gama, y en vista de ello dispuso el gobierno portugués expediciones sucesivas para descubrir el cabo, expediciones que no dieron resultado hasta la época de Vasco de Gama.

Los embajadores venecianos en la corte de Lisboa, interesados en impedir el descubrimiento de un nuevo camino para ir á las Indias, habian asustado á las tripulaciones haciéndoles creer que se volverian todos negros al pasar la línea; y cierto dia que retería esto en una tertulia de Inglaterra con gran risa de mis oyentes, les dije:

«Haceis mal en reir, pues vuestro gobierno se porta como se portaba la republica de Venecia, y vosotros sois tan simples como aquellos de quienes os estais burlando, sosteniendo contra el buen sentido y la razon ser imposible el corte del canal: os pareceis á aquellos marineros portugueses que al mirarse en espejos de Venecia, los únicos que entonces existian, y al ver que su tez adquiria un color bronceado al acercarse á la línea, temian volverse negros y se rebelaban para volver á su patria. (Risas y aplausos.)

Vasco de Gama hizo jurar á sus marineros no dejarse intimidar por el temor ridículo de volverse negros pasando dos veces el Ecuador; pero aun así, parte de la tripulacion se rebeló al acercarse al cabo, y Vasco hubo de encarcelar á los mas osados y empuñar él mismo la caña del timon diciendo que volvieran todos á Portugal; pero una vez fuera de la vista de tierra, dirigió el buque hácia la punta de las corrientes, y llegó á ella despues de haber doblado el cabo de las Tormentas, llamado desde entonces cabo de Buena Esperanza.

Vasco de Gama se dirigió luego á Calicut y una vez que hubo tomado posesion de la costa india recibió de su corte la orden de enviar socorros al emperador de Abisinia, quien estaba rechazando hacia mucho tiempo la irrupcion de los musulmanes y tenia empeñada con ellos una lucha terrible llena de interesantes episodios, en los que las mujeres abisinias que acompañaban á los hombres á la guerra, deplegaban un valor y abnegacion notables.

Vasco de Gama envió al menor de sus dos hermanos á la cabeza de una expedicion compuesta de siete naves y trescientos arcabuceros escogidos. La armada llegó á Massouah.

El hermano de Vasco fué recibido por la emperatriz madre en ocasion en que el pais habia agotado casi todos sus recursos. No habia mujer que no hubiese vendido sus joyas y adornos para contribuir á los gastos de la guerra. El litoral estaba ocupado por los árabes, á los cuales se habia reunido un ejército turco, y los trescientos portugueses contribuyeron con su animoso esfuerzo á rechazar al enemigo, pero el hermano de Vasco fué muerto en una de las acciones sostenidas contra los turcos.

Hechos son estos poco conocidos.

Los restos de la expedicion portuguesa se fijaron en la Abisinia, y hasta fundaron allí establecimientos cuyas ruinas existen todavía.

He hablado incidentalmente de la reina de Saba y de las consecuencias de su viaje. Despues de ella vemos penetrar en Egipto á Cambises que dió una gran batalla delante de Pelusa y se apoderó de esta plaza. Dicese que á pesar de su locura se ocupó del canal. En uno de sus paroxismos hirió al buey Apis, cuyo sepulcro ha descubierto M. Mariette en el Serapeum de Memfis con la inscripcion del reinado.



Muerto Cambises, Dario, hijo de Hitaspe, proclamado rey de Persia, fué á tomar posesion del gobierno de Egipto, y reconstruyó el canal cuya descripcion hace Herodoto con detalles. Hemos descubierto hace algun tiempo varios losas cubiertas de geroglificos y cuneiformes que forman parte de monumentos construidos por Dario en memoria de sus obras del canal.

La Academia de inscripciones y bellas letras se ha ocupado detenidamente de este descubrimiento que está destinado tal vez á tener, si se consigue descifrar la escritura cuneiforme, la misma importancia que la piedra de Roseta para la escritura egipcia geroglífica.

Pitágoras visitó tambien el istmo. No ha de olvidarse que Alejandro no existia aun, y que Pelusa era el puerto de arribo de los extranjeros.

Pitágoras fué iniciado en los misterios de Baco y Diana que se celebraban en Bubaste, donde se halla actualmente Zagazig, cerca de nuestro canal.

Si se examina la doctrina de Pitágoras, se ve que habia comparado la unidad de Dios al número 1. M. Mariette ha reconocido que la religion de los egipcios se basaba en la unidad de Dios, el cual es nombrado en el ritual egipcio como en la Biblia. La adoracion de un solo Dios constituia lo que llamaban los misterios. Los griegos habian tomado para hacer de ellos sus doce divinidades los doce atributos del dios egipcio, atributos que representaban las dinastias divinas del antiguo Egipto, esto es, los primeros jefes que enseñaron á los hombres á emplear las fuerzas de la naturaleza.

Osiris, el primer hombre que, segun la religion egipcia, fué enviado por Dios á la tierra para enseñar el bien, combatió toda su vida con el auxilio de sus dos hermanas Isis y Nefthis contra su hermano Tifon, el genio del mal. Osiris y sus hermanas son el emblema de la fecundidad y el cultivo, así como Tifon lo es de la esterilidad ó del desierto.

Osiris era pues, el principio de la fecundidad de las tierras de Egipto por el agua del Nilo que llevaba al desierto, y sus sucesores, siguiendo la práctica de abrir canales á lo largo del rio, extendieron la vida y la fertilidad á todos los puntos donde pudieron conducir el Nilo y producir de este modo riego artificial en un pais donde nunca llueve.

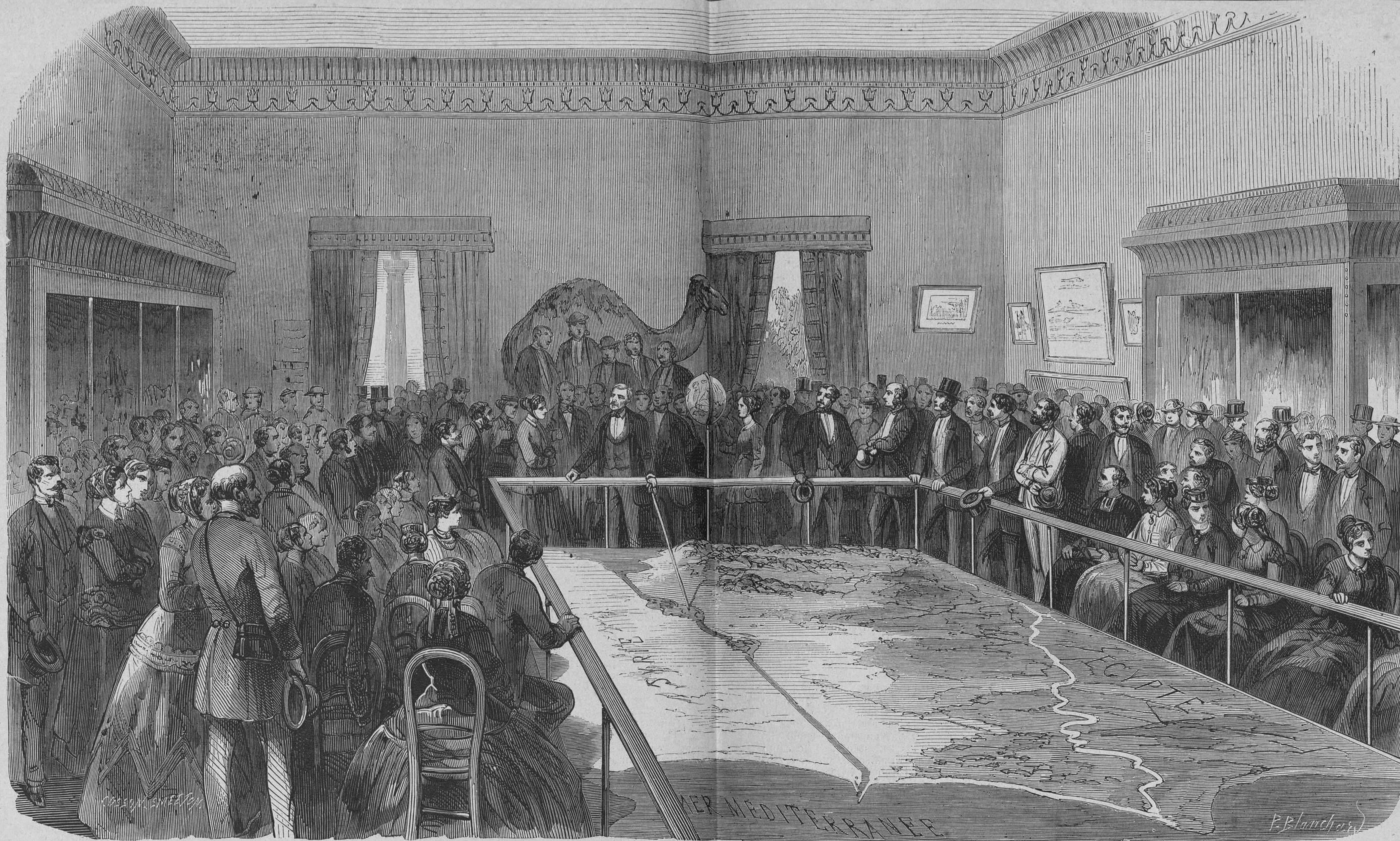
Nos han dicho que el Nilo se salia de cauce, pero es una falsa imagen de la situacion de Egipto durante las avenidas. No hay desborde alguno; cuando el rio llega á cierta altura, entra en unos canales abiertos por la mano de los hombres, y á no ser por estos canales el valle del Nilo seria un desierto ó un pantano.

Los desbordes causarían gran desórden, y en las mayores avenidas del Nilo, cuando están amenazados los diques ó las márgenes naturales, los habitantes acuden para impedir que el agua abra brechas. Este año en que el Nilo se elevó á una altura desconocida de memoria de hombre, han sido necesarios toda la actividad y los medios extraordinarios empleados por el virey Ismail-bajá para salvar el Egipto de un inmenso desastre. No hagamos, pues, caso de la creencia en los desbordamientos del Nilo, lo mismo que la diferencia del nivel entre ambos mares.

La tarea principal de los buenos soberanos de Egipto ha sido luchar contra el desierto. Por esta razon Osiris,

que era el bien, ha sido representado en forma de buey, que es el animal del cultivo. Isis y Nefthis, que le habian alentado en sus combates, alcanzaron despues de su muerte, con sus oraciones, la resurreccion de su alma inmortal.

Es muy notable que en todos los pueblos antiguos las mujeres hayan sido consideradas como el sosten de los hombres en la lucha del bien contra el mal, y en parte alguna ha dejado esta mision vestigios tan profundos como en el antiguo Egipto.



EXPOSICION UNIVERSAL. — Pabellon del Istmo de Suez. — Una conferencia de M. Lesseps.

atrevido á proclamar la unidad de Dios. Sócrates, menos prudente que él se vió obligado á beber la cicuta.

Sabido es que Platon viajó por Egipto, y que estuvo durante diez y siete años en el templo de Heliópolis, á la entrada del istmo. Se lee en *Timeo*, una de sus obras, un curioso pasaje en que cuenta que el gran sacerdote del templo de Sais, hablando con Solon le dijo:

« Los atenienses sois unos niños; habeis olvidado la historia de vuestros antepasados que en otro tiempo nos enseñaron á manejar el arco y la flecha y libranos de un pueblo venido de la Atlántida. La Atlántida está formada por dos islas mayores que la Libia y el Asia. Mas allá de las columnas de Hércules, entre esas grandes islas y el estrecho de Hércules, hay otras islas mas pequeñas. »

Es por cierto muy curioso ver la América meridional y setentrional descrita por Platon reproduciendo las palabras de los sacerdotes egipcios.

Se vió llegar despues al istmo otro filósofo griego, Aristóteles, que habia seguido las lecciones de Platon y llegó á ser preceptor de Alejandro Magno. Asombra ver á aquel príncipe á la edad de veinte años conquistar la Asia y la India, ir á Egipto, fundar á Alejandria y dejar allí ese sello de ciencia que se perpetuara hasta el establecimiento del cristianismo y aun mas allá; pero el asombro es menor cuando se considera que Aristóteles fué el preceptor de Alejandro.

Despues de la batalla de Arbeles, el conquistador se apoderó de la Judea, de Jafa y de Pelusa y fundó á Alejandria, donde dió instrucciones para establecer un museo y convertirla en centro de todas las ciencias. Alejandria ha sido el foco en que se conservaron las ciencias y del cual nos la trasmisieron los griegos y los romanos.

Bajo la dinastía de los Ptolomeos Lágidas, se trabajó en la restauracion del canal de Suez, que durante su reinado fué conservado en buen estado, habiendo navegantes que dieron la vuelta al Africa y fundaron grandes establecimientos á orillas del mar Rojo.

Quando el último de los Ptolomeos destronó á su hermana Cleopatra, Pompeyo, vencido en Farsalia, fué á Pelusa á buscar hospitalidad del rey de Egipto, pero no encontró mas que asesinos. Cuando César llegó á la plaza de Pelusa en persecucion de su adversario, vió el sangriento trofeo y volvió el rostro para ocultar sus lágrimas.

Para vengar este asesinato destronó al joven Ptolomeo y restituyó la corona á Cleopatra. Esta célebre reina acompañó á César á Roma y asistió á su triunfo. A su regreso tuvo un hijo que llamó Cesarion y erigió en su honor el templo de Denderah.

En la Exposicion universal veréis la reproduccion de ese templo y, segun espero, del gracioso medallon de Cleopatra que existe en las paredes del templo de Denderah.

Muerto César, Cleopatra fué enviada á llamar desde Tarso para responder á ciertas acusaciones por Antonio, que se enamoró tan ciegamente que se casó con ella despues de repudiar á su esposa Octavia. Este fué el origen de la lucha entre Octavio, hermano de Octavia, y Antonio, lucha que terminó con la batalla de Actium.

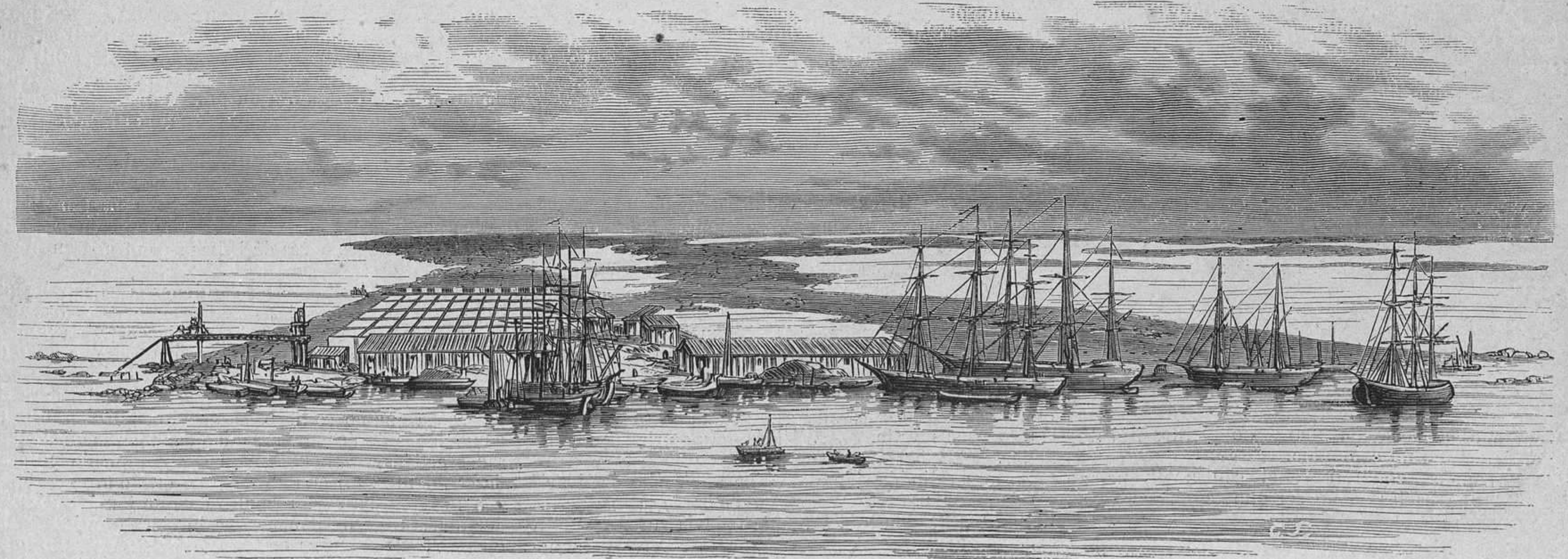
Vencido Antonio se refugió con Cleopatra en Pelusa, donde se esforzaron inútilmente en hacer pasar la escua-

Herodoto, que viajó por Egipto cien años despues que Dario y que hizo la descripcion del canal del istmo por el cual navegó, no se atrevia á referir lo que habia aprendido en los templos, era muy reservado en sus relatos y se halla con frecuencia esta frase en sus escritos:

« He estado en tal templo y me han contado tal cosa, pero no puedo revelar lo que me han confiado los sacerdotes egipcios. »  
No callaba por discrecion respecto á los sacerdotes egipcios, sino porque hubiera peligrado su vida si se hubiese



Puerto-Said.



Astilleros de Puerto-Said.



dra egipcia de la rama pelusiaca al mar Rojo y evitar la persecucion romana. Esta operacion no tuvo buen éxito porque la batalla de Actium correspondia con la época del descenso del Nilo. El canal no estaba entonces navegable y Antonio se dió la muerte. Cleopatra, cuyas gracias no pudieron doblegar al vencedor, murió tambien, y no necesito referir su trágico fin, porque muy pocos le ignoran.

Las ciudades del istmo y del resto de Egipto siguieron entonces la suerte del imperio romano y participaron de su decadencia.

Estrabon, que vivia cincuenta años antes de Jesucristo, escribió en su geografia del istmo un pasaje que me parece muy importante, y no sé por qué no se ha reparado mas en él hasta el día. Dice que un sacerdote egipcio llamado Moisés hizo en otro tiempo emigrar su tribu porque le habia revelado los misterios. Ahora bien, ya sabéis que los misterios consistian en la adoracion de un Dios único.

Muy pronto vemos aparecer en el istmo la cuna del cristianismo. Un niño, una jóven y un anciano siguen el camino de Siria á Egipto huyendo de la persecucion de Herodes, y descansan en la línea de nuestras obras, en un sitio donde hemos erigido una capilla dedicada á Santa María del Desierto, *Setti Mariam*, como la llaman los árabes. Un artista francés muy distinguido, M. Berchere, ha adornado esta capilla con un hermoso cuadro que representa el descanso de Jesús, María y José.

La Santa Familia, despues de cruzar el istmo, fué á las cercanías de Memfis, orilla derecha del Nilo, donde halló una cueva que se enseña aun y sobre la cual han edificado los coftos una iglesia. Es muy interesante pensar que Moisés y Jesús han pisado el mismo suelo, llamado el uno á libertar á su pueblo y destinado el otro á cambiar la faz del mundo trayéndole la verdad.

El emperador Adriano visitó el Egipto. Los historiadores dicen que restauró el canal del istmo tomando el agua desde mayor distancia. Probablemente las dificultades que habia encontrado Antonio para servirse del canal de agua dulce durante el descenso del Nilo, indujeron al emperador Adriano á mandar construir la presa, no en Bubaste en la rama tanítica, sino en el brazo principal del Nilo y quince leguas mas arriba en el punto donde se alzó despues el Cairo. Este punto se halla á diez metros sobre el nivel del mar.

El cristianismo duró varios siglos en Egipto, pero á consecuencia de las contiendas entre el patriarca de Constantinopla y el de Roma, el patriarca cofto de Memfis, en lucha con el patriarca melchita de Alejandria, llamó al lugarteniente del califa Omar, que estaba al frente de un ejército en la Siria, y le anunció que le abriria las puertas de la capital.

Amru se apoderó de Pelusa, entró sin encontrar resistencia en Memfis, conquistó todo el Egipto y envió á Omar la mas hermosa descripcion del país, prometiéndole reconstruir el canal del Nilo al mar Rojo que servia en otro tiempo para trasportar los trigos de Egipto á la Arabia. Al cabo de algun tiempo viendo Omar que su lugarteniente no cumplia su promesa, le escribió una carta breve, pero enérgica:

«Mientras enflaquecemos en la Arabia, le decia, tú te engordas en Egipto. Has de saber, hijo de esclava, que mandaré que te corten las orejas si no cumples tu promesa.»

Amru prometió que el canal quedaria terminado á los tres meses, y en efecto, tres meses despues pasaba el primer barco.

Está fué la última reconstruccion del canal que duró menos de un siglo. El califa Almanzor que residia en el Cairo lo mandó cegar hace unos mil años al recibir la noticia de una rebelion de la Meca.

Cuando Napoleon I estuvo en Suez con los sabios de la expedicion despues de la batalla de las Pirámides, avanzó hácia el Norte por el istmo y fué el primero en reconocer el antiguo canal exclamando:

«Señores nos hallamos en medio del canal de los Faraones.»

Entonces mandó á M. Lepere, ingeniero de puentes y calzadas, que estudiase un proyecto de canal de los dos mares. El proyecto de M. Lepere, impreso en la grande obra de la expedicion de Egipto, consistia en restablecer el antiguo canal del Nilo al mar Rojo, porque el estado de la ciencia no permitia antes de la invencion del vapor abrir á ocho metros bajo el nivel de los mares un canal marítimo sin esclusas ofreciendo á la navegacion de alto porte un paso libre desde el Mediterráneo al mar Rojo.

## Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMÁN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

— Vete pues á hacer fortuna y no pierdas inútilmente el tiempo en mi compañía.

— No hay prisa, contestó Veitel con negligencia; aguardaré á que partas, á no ser que te parezca que mi traje es poco digno.

Esta llamada á la generosidad de Antonio cerró la boca á este último, y le obligó á admitir á su lado á un

compañero sin el cual se hubiera pasado gustoso. Dirigió una última mirada al castillo, y continuó en seguida su marcha en silencio por el camino real, seguido por Itzig, que se mantenía medio paso de distancia detrás de él.

Al fin Antonio se volvió y preguntó quién era el dueño de aquel castillo.

Si Veitel Itzig no era precisamente amigo de aquel señor, debía estar á lo menos, íntimamente relacionado con su palafrenero, porque estaba al corriente de varios negocios que concernian directamente al baron.

Contó que este no tenia mas que dos hijos, pero que poseia un soberbio rebaño de ovejas y una hermosa posesion exenta de cargas. El hijo, decia, está en la Universidad. Como Antonio escuchaba atentamente el relato de Itzig, revelando además con varias preguntas el vivo interés que le inspiraba. Veitel acabó por decir:

— Si deseas adquirir las tierras del baron, yo te las compraré.

— Gracias, contestó Antonio con frialdad; por otra parte, ¿no me has dicho lo primero que no las venderia?

— Si hay alguien que no quiere vender su propiedad, se está en el caso de obligarle á ello, exclamó Itzig.

— ¿Sérias tú hombre capaz de hacerlo? dijo Antonio.

— Que sea yo u otro eso importa poco. Siempre es posible comprarle á un individuo lo que posee. Hay una receta por cuyo medio se puede obtener de cualquiera todo lo que se desee aun cuando él resista.

— ¿Es necesario para eso, continuó Antonio, hacer uso de algun filtro ó de alguna planta que ejerza una virtud enérgica?

— Esta planta es el *Tausendguldenkraut*, gracias á la cual se han hecho muchas cosas en el mundo, repuso Veitel; pero como es preciso tenerla para adquirir, por pequeña que sea, una posesion como la del baron, este es un secreto conocido de muy pocas personas. El que posea este secreto puede llegar á ser grande y poderoso como Rothschild, con tal que viva algunos años.

— Si antes no ha ido á parar á la cárcel, objetó Antonio.

— ¡A la cárcel! de ningun modo, contestó Veitel. Si yo voy á la ciudad para aprender, voy á buscar allí la ciencia que está escrita en el papel. El que encuentra esos papeles llegará á ser un hombre poderoso. Yo los buscaré hasta que los encuentre.

Antonio miró á su compañero al soslayo, como se hace comunmente cuando se observa á un hombre cuya imaginacion está enferma, y dijo con aire compasivo.

— Pobre Veitel, tú no los encontrarás en ninguna parte.

Pero Itzig continuó, acercándose familiarmente á Antonio.

— Lo que te cuento es menester que no se lo digas á ningun alma viviente. Los papeles han estado en nuestro pueblo. Alguien los ha recibido de un anciano mendigo en su lecho de muerte, y ha llegado á hacerse poderoso; el viejo Schuorrer se los dió una noche en que el otro estuvo rezando á la cabecera de la cama para ahuyentar el ángel de la muerte.

— ¿Conoces tú al hombre que posee esos papeles? preguntó Antonio con cierta curiosidad.

— Aun cuando le conociera, no lo diria, respondió Veitel con aire zumbon; pero yo encontraré la receta. Y si quieres poseer las tierras del baron, sus caballos, sus vacas, su papagayo y su hija, yo te haré adquirir todo eso en obsequio de la antigua amistad que te profeso, y porque en la escuela siempre te batias por mí.

Antonio indignado por la arrogancia de su compañero:

— Cúidate solo de no llegar á ser un bribon, porque al paso que vas, ese es tu camino; dijo con desden y cólera, y se pasó al otro lado del camino.

Itzig no hizo caso de este buen consejo, pero silbaba tranquilamente andando delante de él. Desde entonces los dos viajeros anduvieron largo rato sin hablarse; pero en la primera aldea, Itzig rompió su prolongado silencio, indicando de nuevo á su compañero de viaje el nombre y la fortuna del propietario del castillo. Esta conversacion instructiva se renovó en cada aldea, causándole sorpresa á Antonio los vastos conocimientos estadísticos de su compañero. Al fin se callaron los dos y la última legua la anduvieron uno al lado de otro sin desplegar los labios.

## III.

El baron de Rothsattel pertenecia al pequeño número de hombres que no solo son felices á los ojos del mundo, sino que se creen serlo.

Descendia de una casa muy antigua. Un Rothsattel habia tomado ya parte en las cruzadas; á lo menos se conservaba en la familia un frasco antiguo de vidrio de color, como una prueba de la existencia de aquel ilustre antepasado y como recuerdo de aquellos gloriosos tiempos.

Otro Rothsattel habia conducido á un puñado de montañeses contra los husitas, y se habia hecho matar con todos sus valientes súbditos para gloria suya y del Señor.

Un tercero habia sido alférez en el ejército de Mauricio de Sajonia y pasaba por fundador de la liga de los Rothsattel-Steigebugel, y existia todavía un retrato en traje de guerra bien conservado en la torre del homenaje del castillo.

Durante la guerra de los treinta años, un Rothsattel se habia conquistado un nombre en varios ejércitos y en los cuerpos francos reunidos para hacer valer el derecho del mas fuerte. En los anales de la familia constaba que era muy grueso, gran bebedor, de una elocuencia enérgica y de costumbres algo libertinas.

Despues de haber sido el primero de su raza que vino al país en que esta historia tiene lugar, entró, sin saberse cómo, en posesion de varios y magníficos terrenos. Entre los honrados individuos de la familia se habia conservado una antigua y lúgubre tradicion, segun la cual aquel voluminoso papá se aparecia algunas veces en las bodegas del castillo, y sentado sobre un gran tonel de chucrute, gemia como un alma en pena que expia los atropellos cometidos con varias hermosas damas de su tiempo.

Entre los antepasados brillaba todavía un consejo imperial de Viena; el bisabuelo del dueño actual del castillo tuvo la honra de fijar la atencion del rey de Prusia Federico el Grande y que luego este príncipe le hablara con benevolencia.

El abuelo habia sido tambien en su tiempo un hombre emprendedor y renombrado caballero que, no habiendo encontrado laureles que recoger en los campos de batalla, se habia resignado á buscarlos en el juego y en los retretes de las señoras. Pero, á consecuencia de esta vida desordenada, el cuidado de sus propiedades habia llegado á ser para él una carga muy pesada; así es que una gran parte de ellas se le habian deslizado de las manos.

Finalmente, su hijo, el padre del señor actual, habia sido un sencillo hidalgo campesino, de escaso talento, que despues de un largo pleito salvó del naufragio de los bienes de la familia una sola y hermosa posesion, y pasó su vida en procurar que esta no quedase gravada con ninguna carga cuando pasara al poder de sus herederos.

Hasta aquí los Rothsattel habian gozado siempre la reputacion de dejar muchos descendientes, y todas las nobles vejanconas de la familia tenian esta particularidad, por honrosa que sea en sí, como la única causa que habia impedido que esta célebre familia viera brillar sobre el escudo de su jefe la corona de conde de nueve ramas ó tal vez la de príncipe con el círculo cerrado. Contra el uso consagrado en su familia, nuestro hidalgo dió con respecto á esto una prueba de su modestia, no dejando mas que un solo heredero.

El propietario actual del señorío del Rothsattel habia servido en un regimiento de la guardia real como convenia al vástago de una antigua familia, célebre por tantos y tan altos hechos de armas. En el regimiento habia adquirido la reputacion de un cumplido caballero, buen militar, excelente camarada, hábil en todos los ejercicios caballerescos y hombre firme en los lanceces de honor.

En los bailes de la corte, siempre habia ocupado el puesto que le señalaba su rango, y tantas cuantas veces habia servido de pareja á una princesa, habia bailado con una gracia sin igual. Se habia mostrado tambien noble y generoso, pues se habia casado únicamente por amor, con una pobre camarista, tan amable como virtuosa, y cuya ausencia de los bailes de la corte causó entre todos los nobles una viva afliccion.

Como hombre sabio, el baron se habia retirado á provincia con su esposa, habia vivido algunos años casi exclusivamente para su familia, y de este modo habia conseguido, arreglando sus gastos á la renta que disfrutaba, extinguir las deudas contraídas en el regimiento, viviendo sin embargo de una manera conveniente á su rango.

El baron tenía una buena bodega; sus vinos eran puros, pero poco buscados. Mantenía dos arrogantes caballos de tiro y otros dos no menos elegantes para montar; todos los días por la mañana se ocupaba un rato en los negocios de la casa; por la tarde daba un paseo á caballo por los campos, cuidaba mucho de sus rebaños y se preciaba sobre todo de saber disponer el lavado de los vellones de la fina lana de sus carneros.

Honrado por excelencia, tenia una presencia bella é imponente, hacia cumplidamente los honores de su casa, y amaba á su esposa, si esto era posible, mas que durante la luna de miel. En una palabra, era el tipo del hidalgo campesino. No era extremadamente rico, pues no contaba mas que con una renta de cinco mil escudos, y en una ocasion favorable hubiera podido vender fácilmente su posesion á un precio mas elevado que el que habia indicado el sutil Itzig; pero él hubiera tenido esto con razon por una gran locura.

Dos hijos llenos de salud y de talento coronaban la dicha de los esposos: el hijo se disponia á abrazar la carrera militar, como si fuera la de la familia; la hija debia permanecer todavía algunos años bajo la proteccion de su madre antes de hacer su entrada en el gran mundo.

Como todos los hombres á quienes la suerte ha pintado antiguos recuerdos en su escudo y los ha unido por decirlo así á su cuna, nuestro baron tenia tambien la debilidad muy perdonable de ocuparse mucho del pasado y del porvenir de su familia.

La triste experiencia de su abuelo bastaba para demostrarle que no se necesita mas que un hombre sin condiciones de orden, para dilapidar todo lo que antepasados activos y valientes habian amontonado para sus descendientes, así en dinero como en honores.

Así es que para estar seguro de que jamás su familia declinaria mas, de buena gana hubiera querido fundar un mayorazgo con sus tierras, lo que sin duda no impediria á herederos pródigos y ligeros que contrajeran



deudas, pero á lo menos no hubieran podido pagarlas con perjuicio de la familia.

Habia desistido de esta idea pensando en su hija; por un sentimiento natural de honradez, miraba como soberanamente injusto, que contando con la mayor ó menor probabilidad de la ligereza de sus futuros herederos quedara desheredada su hija, á quien amaba con todo su corazón.

El pensamiento de que despues de una ó dos generaciones, su antigua familia pudiese encontrarse en la mala situación que los hijos de un empleado ó de un tendero, viéndose obligados á crearse una posición humilde á costa de penas y trabajos, le atormentaba mucho.

Frecuentemente habia intentado hacer algunas economías en sus gastos, pero en las presentes circunstancias, esto no era posible en realidad; por todas partes empezaba á irse en busca de lo elegante y *comfortable* y á dar grande importancia á esas futilidades que la moda impone y que sirven para rodear de algun encanto nuestra existencia.

Lo que habia conseguido economizar en algunos años buenos, habia desaparecido gastándose en viajes á las aguas minerales, necesarias al decir de los médicos, á la salud delicada de su esposa.

Estaba todavía ocupado en este dia pensando en el porvenir de su familia, mientras lanzaba al galope su potrilla por la avenida de castaños que conducia al castillo. Sin embargo, la ligera nubecilla que oscurecia su frente se desvaneció por completo cuando vió flotar unos vestidos que reconoció ser los de su esposa y su hija que salian á su encuentro. Echó pié á tierra, besó en la frente á su querida hija y dijo con expresion de contento á su esposa:

— Tenemos un tiempo soberbio para la siega: ahora están recogiendo todo el heno y el administrador asegura que jamás hemos cosechado tanto forraje.

— Estás muy contento, Oscar, dijo la baronesa mirando afectuosamente á su marido.

— Como siempre, desde hace diez y siete años, desde el dia en que fuiste mía y me seguiste á mi morada, contestó el marido con una galantería nacida del corazón.

— ¡Hoy se cumplen diez y siete años! exclamó la baronesa. Se han pasado como un hermoso dia de verano. Hemos sido muy felices, Oscar.

Y apretándose contra su brazo le miró con aire de gratitud.

— ¡Dices que hemos sido felices! repuso el baron; me complazco en creer que lo somos todavía, y no veo ninguna razon para que no continuemos siéndolo siempre.

— No mires lo pasado como un presagio para el porvenir, dijo la baronesa en tono suplicante. Me parece con frecuencia que tanta felicidad no puede durar siempre. Si fuera preciso para aplacar el destino celoso de nuestra felicidad, yo ayunaria gustosa y me privaria de todo lo supérfluo.

— ¡Bah, bah! dijo el baron bondadosamente, el destino no deja de maltratarnos algunas veces. No nos faltan tempestades; pero esa manecita se levanta hácia el cielo para conjurarlas y lo consigue. ¿No tienes bastantes motivos de molestia en tu casa, de enojo con los hijos y hasta con tu tirano deméstico, que todavía deseas mas?

— ¡Amable tirano! exclamó la baronesa, á tí es á quien debo esta dicha, y además la que siento muy vivamente. Despues de diez y siete años de matrimonio estoy cada vez mas orgullosa de tener un marido tan respetable, un castillo tan hermoso y una posesion tan magnífica, donde yo tambien en cada pulgada de tierra tengo mi parte. Cuando recuerdo el momento en que me condujiste á tu casa, á mí, pobre camarista, que no tenia mas bienes que algunas baratijas y algunas alhajas que debia á la bondad de los príncipes... Entonces únicamente conocí la felicidad de mandar en mi casa como ama y señora y de no estar sujeta mas que á la voluntad de un hombre querido.

— Sin embargo, tu amor hácia mí te ha hecho renunciar á un sinnúmero de cosas, y con frecuencia he temido que nuestra vida campestre te pareciera demasiado sencilla y solitaria, á tí que eras la favorita de la difunta princesa.

— En la corte yo servia, aquí me sirven, dijo la baronesa riendo. Aparte de mi tocador nada me pertenecia. Vivía siempre en la compañía mas ó menos divertida de las damas de honor; estar todas las noches obligada á representar el mismo papel, y verme además atormentada por el temor de que esta vida se prolongara indefinidamente en medio de eternas distracciones sin poder vivir un instante para mí, esta idea me habia entristecido con frecuencia. Aquí nuestros muebles no están cubiertos de seda ni de tapicerías, ni en nuestro salon se encierran mesas de malaquita, pero todo cuanto hay en casa me pertenece. Y echando un brazo alrededor del cuello del baron: Tú eres mio, continuó, así como mis hijos, el castillo y nuestros candelabros de plata.

— Los candelabros nuevos no son mas que de plaqué, objetó el baron.

— Nadie se apercibe de ello, le contestó alegremente su esposa. Y cuando miro mi porcelana y veo al borde de mi vajilla tus armas y las mías, encuentro nuestros platos diez veces mejores que el mas hermoso servicio de la corte. Y el fastidio de sus grandes dias de gala, y de esas mesas de mariscales en que cada uno conocia de sobra á su vecino, y en las que todos nos encontrábamos tan indiferentes unos á otros... ¡oh! ¡eso hacia desesparar!

— A fe mía, que eres un ejemplo muy notable de modestia. Por tí y por mis hijos quisiera que nuestras tierras tuvieran diez veces mas de extension, y que nuestras rentas me permitieran tener un paje como á una marquesa, y poner á tu servicio además de la criada dos doncellas.

— Por amor de Dios, nada de doncellas, dijo la baronesa; en cuanto al paje, no es necesario cuando tiene una un caballero tan atento y solícito como tú.

Departiendo de este modo, el baron y su esposa se dirigian lentamente hácia el castillo. En el intervalo Leonor habia cogido la brida del caballo, y exhortaba al corcel de su padre á que levantara el menos polvo posible.

— Allí hay un coche que no es el nuestro. ¿Es alguna visita? preguntó el baron al acercarse al patio.

— Es Ehrental, contestó su esposa. Te aguarda y ya nos ha obsequiado con todas sus bellas frases. Leonor empezó á soltar la rienda á su natural picaresco; por lo que para sustraer á ese amable original á los arranques de la terrible niña, me ha sido preciso tocar retirada y llevarme conmigo á Leonor...

El baron se sonrió.

— De todos los hombres de negocios, este es al que quiero mas; sus maneras á lo menos no repugnan, y hasta ahora, en nuestras relaciones, no tengo motivo para estar descontento... Buenos dias, señor Ehrental; ¿qué es lo que me proporciona el placer de vuestra visita?

M. Ehrental era un señor gordo y muy bien conservado; jóven todavía, tenia cara de luna llena, que era demasiado amarilla y en la que se traslucía sobrada astucia para ser bonita; llevaba polainas y un alfiler de diamantes. A fuerza de muchos saltos y saluciones habia ido por la calle principal al encuentro del baron.

— Soy vuestro mas humilde servidor, señor baron, contestó con una respetuosa sonrisa. No es precisamente un negocio el que me conduce á vuestra casa; es, permitidme que os lo diga, el placer que experimento en ver el órden que reina por todas partes en ella. Esto causa mucho bien y me distrae de mis serias ocupaciones. En el momento en que pongo el pié en el patio mi corazón se dilata. Está todo tan bien colocado y tan bien dispuesto en las trojes, está todo tan aseado, tan cuidado en las cuadras. Los gorriones que se posan encima del techo de vuestra casa tienen el aire mas alegre que en cualquiera otra parte. Un hombre de negocios por su clase, se ve obligado á ver cosas poco recreativas y ¡cuál se pierden los hombres por su negligencia, se pierden y se arruinan! Pues bien, aquí, os lo confieso, todo me sonríe. ¡Aquí no se conocen los cuidados, á lo menos no son muy grandes; pero en cambio, se disfruta de todos los goees!

— Señor Ehrental, os presentais tan lisenjero, que casi me haceis creer que algo importante os ha hecho venir á mi casa. ¿Teneis algun negocio que proponerme?

Meneando la cabeza, como conviene á un hombre honrado que quiere destruir una injusta sospecha, M. Ehrental se apresuró á contestar:

— No, señor baron; los negocios que tratamos entre los dos, no se arreglan con cumplimientos; buena mercancia y buen dinero. Siempre hemos jugado limpio, y con la ayuda de Dios continuaremos por el buen camino. Yo no venia mas que de paso, é hizo un ligero ademán para confirmar sus palabras por medio de la accion. Venia á informarme del caballo que el señor baron tiene intencion de vender. Hay una persona en la aldea inmediata á quien he ofrecido enterarme del precio. Pero tambien puedo tratar de esto con el administrador, si por casualidad el señor baron no tiene tiempo.

— Venid, venid, mi querido Ehrental, dijo el baron; yo mismo voy á llevar mi caballo á la cuadra.

M. Ehrental hizo en seguida á las señoras muchos saludos á los cuales contestó Leonor con otras tantas reverencias, y siguió al baron hasta la puerta de la cuadra. Al llegar allá, se detuvo respetuosamente insistiendo en que el caballo del baron y este mismo entraran antes que él.

Despues de una ligera inspeccion y de las pláticas ordinarias en este género de transacciones, el baron condujo tambien á M. Ehrental á la vaquería. El agente de negocios manifestó deseo de ver los bueyes, y hasta aventuró la demanda de ser introducido en el establo de los moruecos.

Ducho en los negocios M. Ehrental tenia experiencia, y si la admiracion que expresaba trascendia un poco á especulacion, y si la forma halagadora de su frase era demasiado hiperbólica, todo lo que elogiaba era digno de ello, y el baron escuchaba las alabanzas con satisfacción.

Despues de haber revistado las ovejas, fué necesario, hacer una pequeña pausa, porque Ehrental estaba extremadamente encantado de la finura y espesor del vellón.

— ¡Qué muestra! suspiró por lo bajo, como meditando, con el tono del mas profundo entusiasmo: ya se ve bien lo que esto será en la primavera próxima. Y balanceando la cabeza, guiñó los ojos.

— ¡A fe mía, señor baron, sois un mortal afortunado! ¿Teneis buenas noticias de vuestro hijo?

— Os doy gracias, señor Ehrental, por vuestro cuidado; ayer recibí carta en que me dice que ha concluido bien sus exámenes.

— Será absolutamente lo que es su señor padre, dijo Ehrental; un caballero muy distinguido y un hombre rico. El señor baron sabe asegurar el porvenir de sus hijos.

— Yo no economizo, querido Ehrental, repuso el baron con negligencia.

— ¡Economías! exclamó Ehrental, afectando cierto desprecio por un cuidado tan plebeyo. ¿Para qué economizar, si me es permitido, como hombre de negocios que os conozco hace algun tiempo, tomarme la libertad de hacer esta observacion? Pues qué, ¿teneis necesidad de economizar? Un dia, cuando el anciano Ehrental no existirá, dejareis sin molestaros y sin ahorrar nada, á vuestro hijo, una posesion que vale muy bien ciento cincuenta mil francos, y además á vuestra encantadora señorita un dote, ¿qué diré yo? de cincuenta mil escudos en metálico sonante.

— Os engaÑais, replicó el baron con seriedad, no soy tan rico.

— ¡Tan rico! exclamó Ehrental con un tono que, si cualquiera otra persona que el baron se hubiera atrevido á sostener semejante cosa, se hubiera transformado en indignacion. Sin embargo, no depende mas que de vos mismo ser tan rico y lo sereis en cuanto queráis. Cuando se posee una fortuna como la del baron, se puede en diez años, doblar el capital sin correr el menor riesgo. ¿Por qué no tomáis hipotecas del banco de provincia sobre vuestras tierras?

El banco de provincia era una grande institucion de crédito moviliario en favor de los propietarios rentistas, que prestaba cantidades contra primera hipoteca sobre tierras señoriales. El pago se efectuaba en créditos hipotecarios al portador, que eran considerados entonces en todo el pais, como los valores mas seguros.

El banco pagaba los intereses á los tenedores de los créditos, reteniéndose al pagar estos á los deudores una pequeña parte para gastos de administracion y para amortizar insensiblemente la deuda contraída.

— Yo no me mezclo en especulaciones, respondió con arrogancia el baron; pero la cuerda que el agente habia hecho vibrar en su corazón continuaba sonando.

— Los negocios de que os hablo son de esos que en nuestros dias los hacen hasta los príncipes, continuó M. Ehrental con calor. Si el señor baron pide dinero prestado al banco bajo hipoteca, podrá cuando quiera tener cincuenta mil escudos en papel muy acreditado; pagará al banco cuatro por ciento, y si guarda en cartera esos créditos, percibirá un tres y medio por ciento. Luego pagais un medio por ciento, que sirve para amortizar el capital.

— Esto se llama contraer deudas para enriquecerse, contestó el baron encogiéndose de hombros.

— Perdonad, señor baron. Un propietario como vos que tiene cincuenta mil escudos inactivos y por los cuales no pagaria al año mas que un medio por ciento, puede con esa suma comprar medio mundo. Todos los dias se presentan ocasiones para adquirir tierras á bajo precio cuando se puede disponer oportunamente de dinero contante ó bien de créditos hipotecarios; se pueden comprar tierras y bosques ó bien cupones de minas ó acciones de cualquiera sociedad bien cimentada; ó tambien podria el señor baron fundar por sí mismo un establecimiento en su posesion, como M. de Bergen, que tiene una fábrica de azúcar de remolacha, ó como el duque de Lœbeau, fabricar harina americana, y tambien cerveza de Baviera, como el conde Horn. ¿Qué riesgo corre? Podeis llegar á ganar diez, veinte y hasta cincuenta por ciento sobre el capital prestado á cuatro por ciento.

Estas palabras hicieron reflexionar al baron. Todo lo que le habia dicho el agente, no era nuevo ni inaudito. El baron habia pensado ya en ello con frecuencia por sí mismo. Tenia precisamente lugar este diálogo en la época en que se planteaban un sinnúmero de empresas industriales, en que la fabricacion de máquinas de vapor, el descubrimiento de nuevas minas de hulla y nuevos filones de otras clases de minerales y los progresos de la economía rural, habian hecho adquirir grandes riquezas y ofrecian la esperanza de proporcionar mayores ganancias.

Los principales propietarios rentistas de la provincia figuraban como accionistas al frente de empresas gigantescas fundadas sobre la alianza de la industria moderna y la antigua agricultura. El lenguaje que usaba el agente era sencillo y no tenia nada de extraordinario, y sin embargo ese lenguaje dominó con la actividad del rayo la activa inteligencia del baron.

M. Ehrental habia descargado el golpe decisivo en una ocasion oportuna. Habiéndose apercibido en seguida del efecto producido por sus palabras, terminó con aquella naturalidad que fingia particularmente:

— ¿Qué es lo que podia darme el derecho de querer aconsejar á una persona como vos? Pero cualquier propietario rentista os dirá, como yo, que un crédito hipotecario es hoy el medio mas seguro para los grandes señores de establecer á sus hijos. Cuando, algun, dia la yerba crecerá sobre la tumba del viejo Ehrental, os acordareis de mí y direis: «Ehrental era un hombre sencillo y muy gordo, pero me dió un consejo excelente, que ha labrado la fortuna de mi familia.»

El baron tenia siempre la vista fija en el suelo sin pronunciar una palabra. La idea que habia alimentado por tanto tiempo, ahora estaba madura y su resolucion adoptada irremisiblemente; pero dijo con una ligereza que no salia del corazón:

— Lo pensaré.

Ehrental se dió por satisfecho con esta contestacion y pidió permiso para ofrecer sus respetos á las señoras, lo que no olvidaba de hacer nunca como hombre de tacto y conocedor del mundo.

Lástima fué que el baron no pudiese ver la figura del hombre de negocios cuando este montó en el coche y



puso maquinalmente en el ojal la rosa pomposa que al marcharse le había ofrecido Leonor con burlona cortesía.

En la fisonomía de M. Ebrenthal se notaba cierta satisfacción, pero no era á causa del regalo de la rosa, y ordenó á su cochero que fuera lentamente al pasar por los campos, que por los dos lados estaban cubiertos de espigas y prometían una buena cosecha, encontrando al mismo tiempo una hilera de carros que conducían el heno al castillo.

Tantas veces como se vió obligado á detenerse para dejar pasar uno de aquellos carros extraordinariamente cargados, los caballos arrancaban algunas briznas de heno, el cochero se volvía y chasqueando la lengua, exclamaba:

— ¡Oh! ¡qué hermoso forraje!

— ¡Qué magnífica posesión! decía en seguida M. Ebrenthal abismado en profundas reflexiones.

Durante este tiempo, la baronesa, sentada bajo una enramada del jardín, hojeaba los nuevos periódicos que el librero de la ciudad vecina acababa de enviarle. Examinaba los grabados y las viñetas de la literatura del día y leía *las noticias varias*: historias de hombres que se han enriquecido súbitamente, y de otros que habían sido asesinados de una manera espantosa; relaciones de la caza del tigre en las Indias orientales, de excavaciones y del reciente descubrimiento de pavimentos de mosaico, descripciones patéticas de la fidelidad del perro, consideraciones edificantes sobre la inmortalidad del alma y todo lo demás que acostumbra á llamar la atención de las damas elegantes.

Esta lectura no absorbía por completo á nuestra linda baronesa. Mientras leía balanceaba su bordado taburete; su imaginación volaba por encima de las hojas esparcidas al rededor suyo mas allá de la pradera, para seguir con la vista á su hija, ocupada todavía en hacerle á su poney, con hojas de diario y flores, un collar grotesco y un gorro con cuernos, lo que el poney procuraba en vano impedir quitando todo el papel y todas las flores que podía alcanzar con la boca.

Cuando Leonor envanecida con su obra, volvió la cabeza hácia la enramada bajo la cual estaba sentada su madre y vió unos ojos fijos en ella, entregó en seguida el caballo al cuidado de un criado y voló como una silfide á los piés de la baronesa.

Se sentó en el taburete, extendió los periódicos enci-

presion de su pensamiento terminó por decirlo:

— Leonor, empiezas á tener algunos años, y tú te conduces todavía como una niña. Hasta ahora has estado entregada al cuidado de la aya y del estudiante de teología. Creo, pobre hija mía, que ya es tiempo de que aprendas algo con formalidad.

— Y yo que creía que ya había aprendido bastante con lo que sé, dijo Leonor haciendo momos.

— Pronuncias aun muy mal el francés, y tu padre quisiera que te dedicaras cuanto antes al dibujo, para lo que tienes alguna disposición.

— Yo no quiero dibujar mas que caricaturas, esto es lo mas fácil: con algunas líneas, se forman en el papel una nariz larga,

unas piernas cortas y ya está hecho un hombre pequeño.

— Yo no quiero que dibujes caricaturas, esto estraga el gusto y te hace burlona.

Leonor bajó la cabeza.

— ¿Quién era ese jóven con quien pasabas ahora mismo por el jardín? continuó la madre con seriedad. ¿Le has dado las fresas destinadas á tu padre?

— Mamá, no me riñas siempre, dijo Leonor sonrojándose. El extranjero era un jóven elegante y bien educado que no tiene padre ni madre y que va á la capital. Esto me ha enternecido. ¡Qué modesto es! No te incomodes, te lo ruego, dijo cariñosamente, echándose al cuello de su madre, cuyos ojos mostraban mas amor que cólera.

(Se continuará.)



EL FERRO-CARRIL DEL BRENNER. — Vista de Botzen.

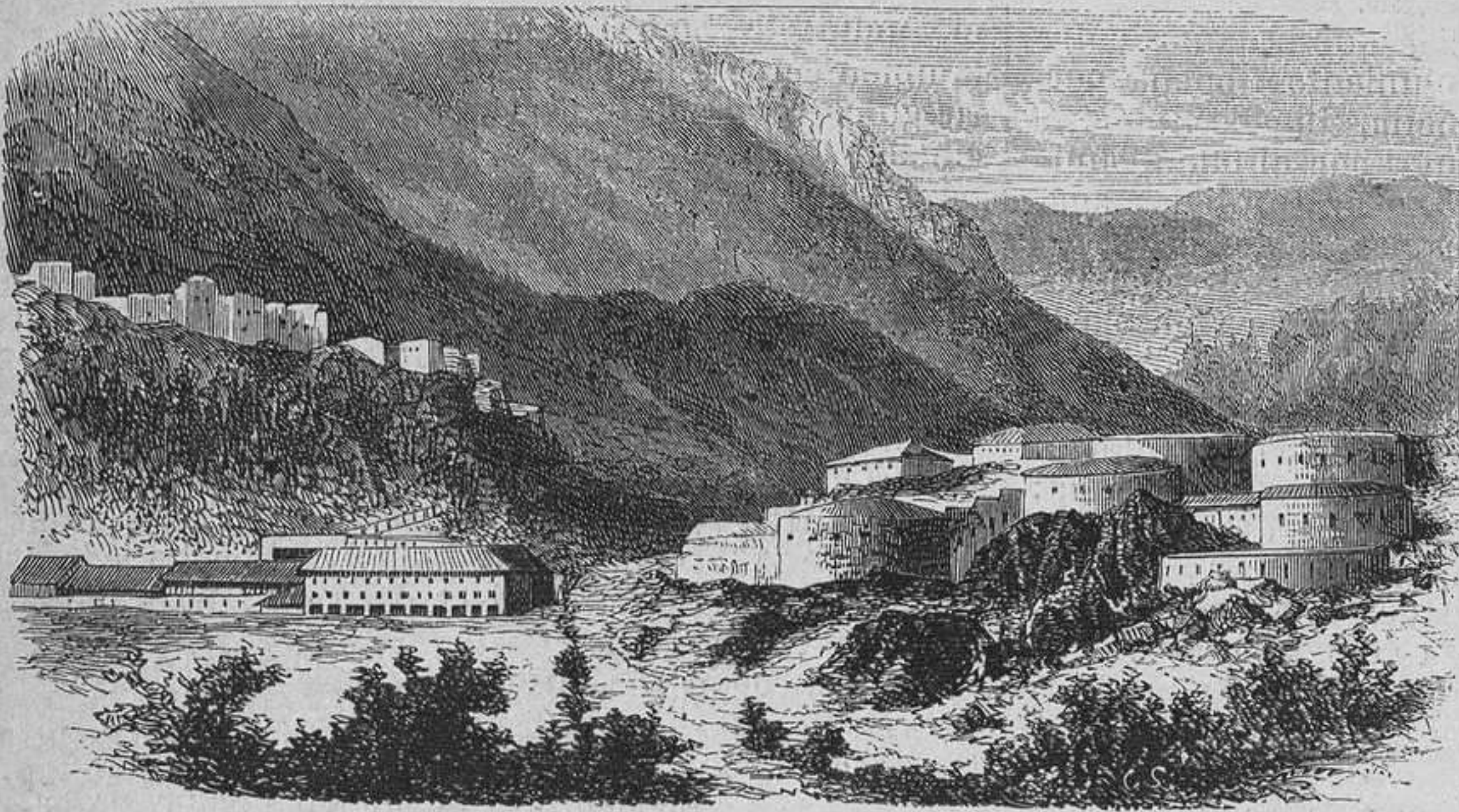


El castillo de Kuhbach.

### El ferro-carril del Brenner.

El 18 de agosto último la compañía de los ferro-carri-les del Sur del Austria y de la alta Italia abría á la circulación un ferro-carril que se contará en el número de las grandes arterias internacionales de Europa, el que, atravesando los Alpes tiroleses, une á Innsbruck con Botzen, la Alemania con la Italia, y atraviesa el Brenner, ese formidable obstáculo que separa los vertientes del Inn del Aicha y del Adige.

El valle del Adige, esa línea de demarcación entre los Alpes Noricos y los Alpes Réticos, es el mas hondo



La fortaleza de Franzensveste.

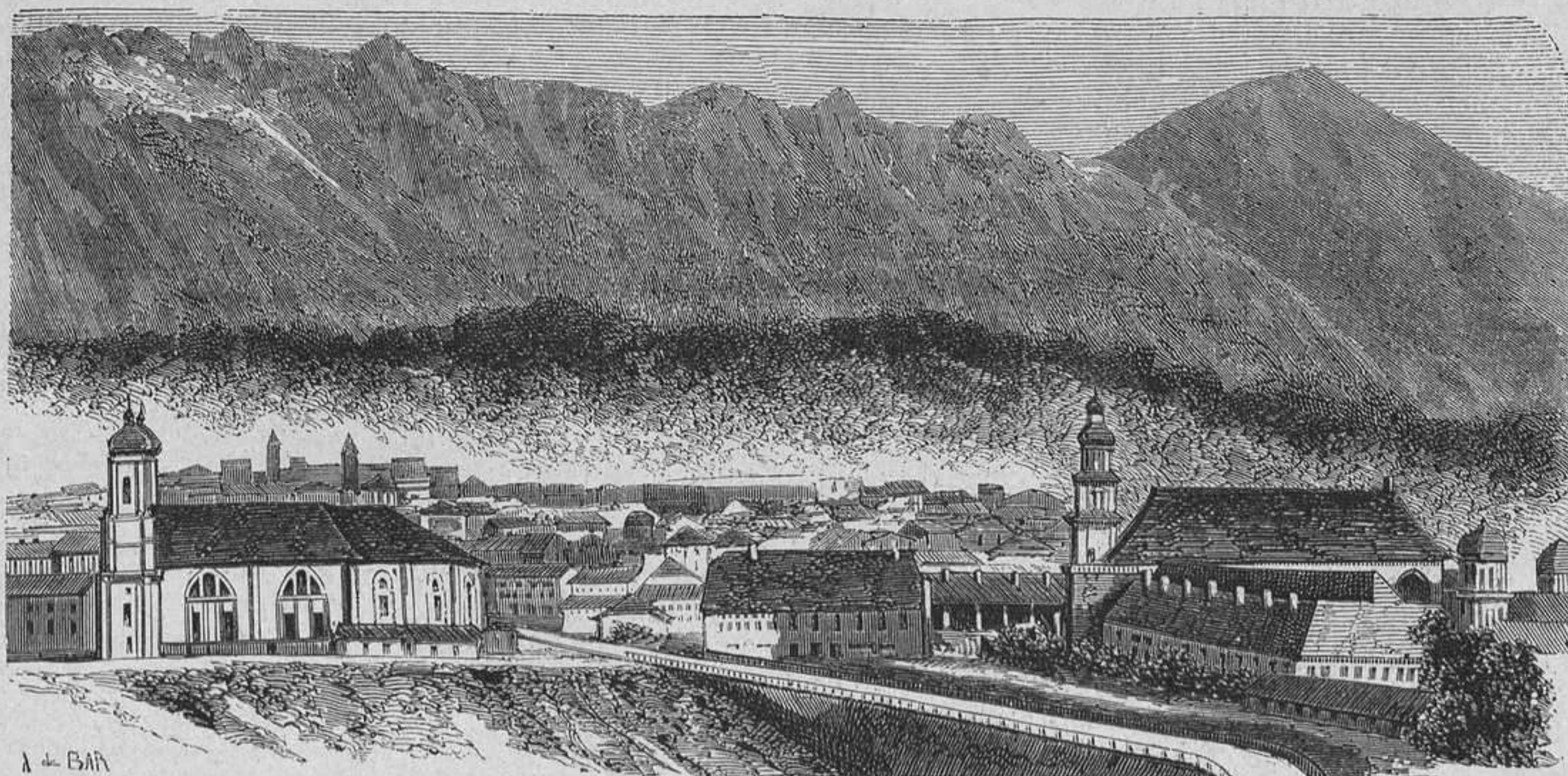


La estacion del Brenner.

ma de las rodillas [de su madre y empezó á entretenerse cómicamente con los señores y las señoras de las viñetas. Esas figuras ideales, como todo el mundo sabe, tienen la ventaja de parecerse á todos y de no diferenciarse mas que por algunos signos característicos, tales como labios excesivamente pequeños, ó bien ojos demasiado pegados á la frente ó las megalas; á nuestro diablillo le costaba poco encontrar numerosas semejanzas con personas conocidas de la familia y tratar á las imágenes como á los originales.

La madre se divertía con las graciosidades y niñerías de su hija, y como continuando en alta voz la ex-

y largo de todos los que atraviesan esa cordillera inmensa llamada con razon el espinazo de Europa. Desde los tiempos mas remotos sirvió de via de comunicacion entre los dos vertientes; por centenares se pueden contar los cuerpos de ejército á que ha dado paso desde las primeras invasiones de los bárbaros hasta las guerras del imperio y las campañas de 1848, 1849 y 1866. A M. Pressel se debe el estudio del trazado de la línea, y bajo su direccion se han ejecutado las obras; se necesitaban todos los recursos de la ciencia para vencer las dificultades de tamaña empresa. M. Pressel las ha vencido una á una, y su obra será considerada co-



Vista de Innsbruck.



mo un modelo de construcción sencilla, sólida y económica. En todo el trayecto, que no tiene menos de 125 kilómetros, no se cuenta un solo viaducto de alguna importancia, ninguna de esas obras de arte, gloria y orgullo de los ingenieros, cuyo talento atestiguan, pero que tanto sobrecargan el presupuesto de las compañías que las pagan. Únicamente en 5 kilómetros la línea está en subterráneo, y el tunel más largo apenas pasa de 800 metros. Construida á cielo descubierto en todo lo demás, serpentea por los flancos de las montañas, se replega siguiendo las sinuosidades, se aprovecha de los accidentes de terreno favorables, evita los obstáculos, y por una serie de enlaces dibujados sabiamente, atraviesa una porción de valles, de precipicios, de cuestas abruptas, un caos en medio del cual una carretera ordinaria habria parecido al pronto impracticable. Así es que aunque provista de una doble vía y perfectamente construida, no cuesta más de 500,000 francos el kilómetro, cantidad reducida relativamente, si se toma en cuenta la naturaleza del terreno.

Las capas calcáreas de schiste, granito y pórfido que se hallan en abundancia en todo el trayecto, suministraban sobre el mismo terreno excelentes materiales de construcción, de los que se ha sacado partido no solo para la edificación de las obras de fábrica, sino para la consolidación de los terraplenes gigantescos que ha sido preciso elevar en muchos sitios.

Al salir de Botzen, en donde empalma con la línea de Trento y de Verona, el ferrocarril costea el Eisack, afluente del Adige, y subiendo su curso, pasa por Klausen, y luego por Brixen, pueblecillo situado en la confluencia de Rienz, no lejos de la fortaleza de Franzensveste; sigue las primeras ondulaciones de los Alpes y atraviesa los desfiladeros de Mitterwald, para llegar á Mauls, y después á Sterzing, que está á 1,014 metros de elevación sobre el nivel del mar. La planicie del Brenner donde se detiene, es el punto culminante del trayecto (1,365 metros). Cuando sale de aquí, baja las cuestas del vertiente setentrional y entra en la cuenca del mar Negro. Dejando á su derecha el camino y un riachuelo, el Sill, atraviesa el valle del Inn por Steinach, Matrey y Schönberg, para llegar á Innsbruck, punto de unión con la línea de Viena y la serie de los ferrocarriles austriacos. En algunas horas se ha pasado de Italia á Alemania.

En cuanto á las magnificencias del panorama que se desarrolla ante el viajero en todo el trayecto, se necesitarían volúmenes para describirlas; nuestros grabados darán al menos alguna idea de ellas. La doble cordillera de montes que se extiende á derecha é izquierda, merecería ser mejor conocida de los viajeros que van á Suiza en busca de espectáculos menos imponentes y grandiosos.

Como ya hemos dicho, el 18 de agosto último tuvo lugar la inauguración, que se hizo con la pompa debida. Una comisión compuesta de los administradores italianos y austriacos, pasó á Turin para recibir á M. P. Talabot y M. Dubois, consejeros de Estado, encargados de representar á la Francia en esta empresa en la que ha tomado tanta parte, y al otro día se entregó la nueva vía que abre una tierra de promisión á las artes, al comercio y á la industria. La Francia debe estar orgullosa de poder asociar á esta obra los nombres de los Rothschild y los Talabot, que representan dignamente la doble fuerza de la inteligencia y el capital, que tan útilmente trabajan por el progreso de la civilización europea.

P. P.

### Miguel Faraday.

Miguel Faraday, lo mismo que Velpéau, cuya biografía hemos trazado aquí últimamente, era hijo de un herrador. Sin embargo, este herrador, que habitaba en el pueblecillo de Newington-Surrey, no era tan pobre como el de Brèche, y así fué que pudo dar á Miguel una instrucción elemental bastante completa, y colocarle después como aprendiz en casa de un encuadernador de Londres. No tardó el maestro en echar de



Miguel Faraday.

ver que Faraday se entretenía en leer libros más que en encuadernarlos, sobre todo cuando trataban de física y de química, y si es que contenían figuras, el aprendiz dejaba el trabajo y se ponía á construir de cartón el instrumento que se hallaba ante sus ojos.

Este deseo de aprender le llevó á las lecciones que entonces daba con tanto brillo sir Humphrey Davy, á quien escribió pidiéndole consejos y protección. Davy le proporcionó entrada como ayudante preparador en el laboratorio del Instituto real de Londres. Era en 1813, y Faraday tenía á la sazón veinte años. Mas tarde vino á ser no solo el amigo y colaborador de su protector, sino también su sucesor en la cátedra.

Desde esa época comenzaron á llover sobre él los honores: miembro de varias órdenes extranjeras, era oficial de la Legión de Honor, y socio del Instituto de Francia y de la Academia de medicina de París. La universidad de Oxford le contó en la clase de sus *doctors of laws*.

Faraday había ganado todos estos títulos, toda esta fama: es uno de los sabios que han practicado con más fruto sus investigaciones sobre las cuestiones más arduas, y hasta él las menos conocidas de la física. Con Ampere y Oerstedt, él puso en evidencia la acción recíproca de las corrientes eléctricas y magnéticas, y á él debemos también el conocimiento de las leyes que rigen las corrientes de inducción. La óptica, la acústica, la luz, etc., fueron, no menos que la electricidad, objeto de las investigaciones de Faraday, que jamás trabajó en vano.

Faraday era bondadoso y modesto, modesto sobre todo. En el año 1855 se dió un banquete en París á los delegados de la Gran Bretaña para la Exposición universal, y Faraday no quiso aceptar el puesto de honor que le ofrecían, diciendo que había otros más dignos de ocuparle, y señaló en efecto á M. Ebelmen, ingeniero en jefe de minas, y á quien se deben importantes descubrimientos geológicos.

Dr MARY DURAND.

### Monumento fúnebre de Court.

El monumento que representa nuestro grabado ha sido erigido recientemente sobre la tumba de Court, en Ruan, su ciudad natal. A beneficio de una suscripción pública que se cubrió prontamente, han querido consagrar los habitantes de Ruan su sentimiento y su recuerdo simpático, levantando este piadoso testimonio á la memoria de su compatriota.

Este monumento, que es debido al pincel de M. A. Iguel, estatuero, llama la atención por su composición sencilla, severa y de un aspecto plácido. M. Iguel ha representado el Arte apoyado en la ciudad de Ruan, y tendiendo una corona sobre la frente de Court, cuyo busto se halla sobre un zócalo, en el centro de un baldauro de líneas severas formando hemisferio. Muy celebrado en la Exposición de este año, este busto no honra

menos á su autor que el conjunto del monumento. El parecido es tanto más digno de elogio cuanto que M. Iguel no ha conocido á M. Court, y sin embargo, ha sabido inspirarse felizmente de una fotografía en la que ya se observaban las señales de una organización cansada.

Largo sería recordar aquí la historia y los títulos del eminente pintor á quien se deben tantos retratos de mérito, galería viva que habria bastado para su gloria, si la gloria del autor de la *Muerte de César* no hubiese existido ya; preferimos pues tomar del discurso pronunciado en la inauguración del monumento por M. Le Fèvre, presidente de la Sociedad de amigos de las artes, una anécdota que da un ejemplo de la habilidad del pincel de Court, de su sorprendente facilidad para el trabajo, y que demuestra al mismo tiempo su nobleza de corazón.

«Había concluido en Rusia el retrato de la gran duquesa Olga, destinado al czar.

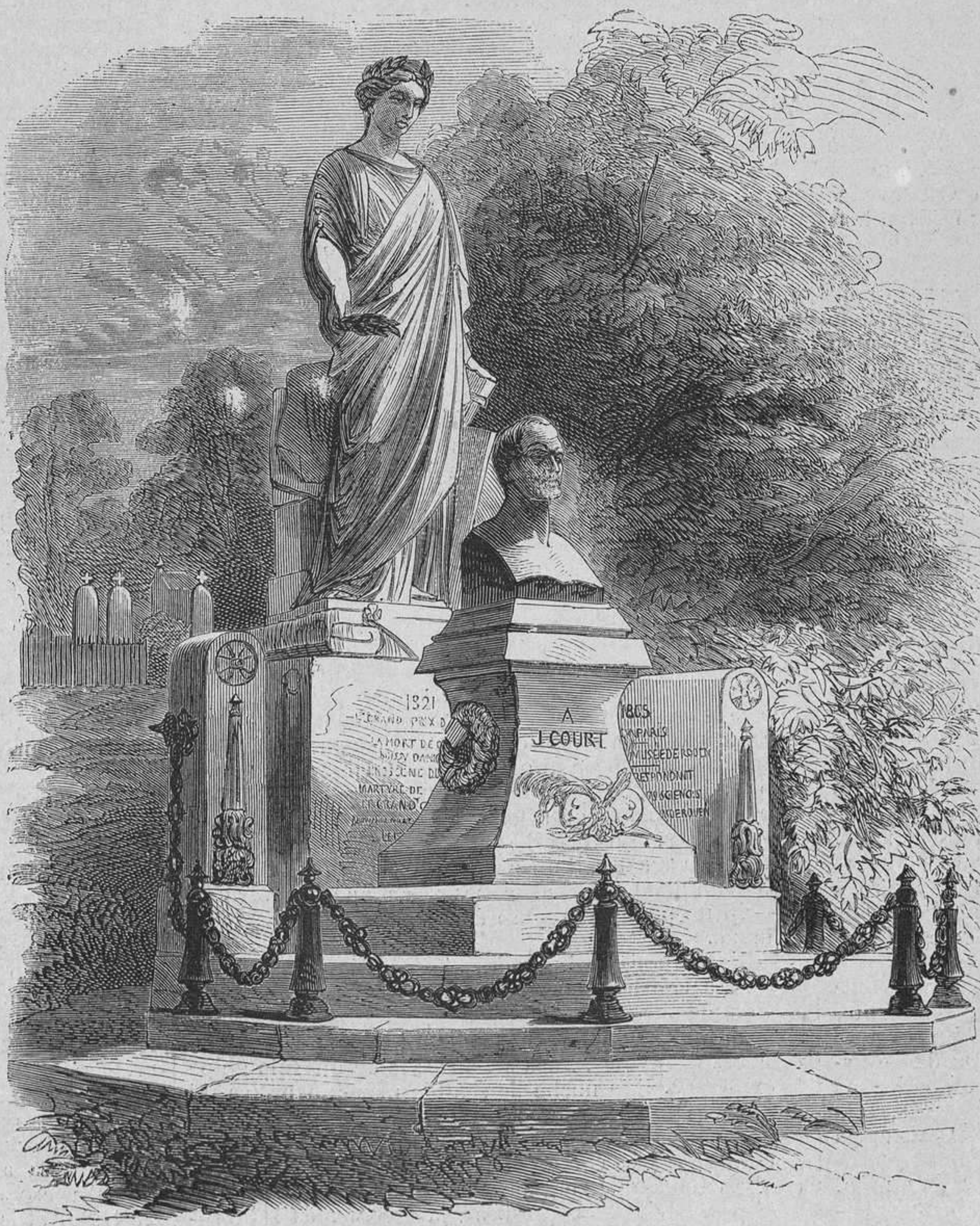
«Uno de sus amigos entra en su estudio, y por una desgracia inconcebible deja caer el lienzo, que se desgarró justamente por el semblante.

«El hombre se quedó estupefacto, y no se le ocurre una palabra; se pone pálido y estaba ya á punto de caer, cuando el pintor, olvidando su pintura estropeada, y sin exhalar la menor queja, se apresura á socorrer á su desdichado compatriota.

«Una vez que se calmó en entrambos la emoción, Court se contenta con decir á su amigo:

«— Este lienzo debía estar en palacio dentro de tres días, y es preciso reparar el mal. Tened cuidado con no volver por aquí antes de ese tiempo.

«Tres días después el retrato estaba hecho nuevamente. Joyas y encajes tenían el mismo brillo, la misma riqueza, y nadie en la corte sospechó al admirar la obra, el extraordinario trabajo que ha-



RUAN. — Monumento fúnebre de Court.



bia exigido, y sobre todo el acto de generosidad del artista, pues había olvidado decir que su amigo era pobre.»

P. P.

### Oliverio.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— Pero ¿por qué le buscaba, preguntó Rosa.  
— El por qué es lo que no me explico; pero es lo cierto que hizo un convenio con Fagin, por el cual este tendría derecho á cierta suma en el caso de que se apoderase de Oliverio, debiendo percibir doble si hacia del chico un ladrón. Claro está que Monks al pedir esto tenía su objeto.

— ¿Y cuál puede ser su intencion? preguntó Rosa.  
— Eso es lo que esperaba saber, dijo la jóven; pero quiso la casualidad que viese Monks mi sombra en la pared, y os juro que en mi lugar, pocas se hubieran escapado como yo lo hice. En fin, yo me escapé, y no le he vuelto á ver hasta ayer tarde.

— ¿Y qué sucedió entonces?  
— Voy á deciroslo: anoche volvió, como el otro día, y subió con el judío á la habitacion superior. Entonces yo, despues de arreglar mi ropa para que no me sucediese lo que la otra vez, me puse á escuchar á la puerta. Hé aquí las primeras palabras que oí decir á Monks: «Sí, los únicos testimonios que prueban la identidad del chico, están en el fondo del río, y la vieja bruja que los recibió, pudriéndose en el otro mundo.» Al decir estas palabras comenzaron á reirse, vanagloriándose de haber dado un famoso golpe. Al hablar del chico, parecia Monks estar furioso, y decia, que aun cuando hubiese alcanzado sin riesgo hacerse dueño del dinero de aquel diablillo, hubiera preferido conseguir su objeto de otro modo. «¡Oh, qué buena broma, dijo, si pudiéramos dar un mentís á las orgullosas esperanzas que dictaron el testamento del padre, paseando á ese chico por todas las prisiones de Lóndres, ó haciéndole ahorcar por un crimen capital! Eso no os seria difícil, Fagin, y obtendriais una buena recompensa.»

— ¿Qué significa todo eso? dijo Rosa.  
— La verdad, señorita, por mas que salga de mi boca, replicó la jóven. Despues profirió algunas blasfemias que os hubieran sorprendido mucho, pero á las que ya están acostumbrados mis oídos, para manifestar que si pudiera aplacar su odio con la muerte del chico, sin arriesgar el pellejo; no vacilaria en hacerlo; pero que puesto que la cosa era imposible, le vigilaría de cerca, y que si tenia la desgracia de intentar aprovecharse de las ventajas de su nacimiento y de su historia, sabria concluir con él. «Y os aseguro, Fagin, añadió, que por mas judío que seais, no habeis tendido en vuestra vida un lazo como aquel en que voy á coger á mi jóven hermano Oliverio.»

— ¿Su hermano! exclamó Rosa.  
— Esas son sus propias palabras, dijo Nancy, que dirigia á todas partes inquietas miradas desde el principio de la conversacion, creyendo siempre ver á Sikes á su lado. Pero no es esto todo: cuando empezó á hablar de vos y de la otra señora, añadió que podía decirse que el cielo ó mas bien el infierno conspiraban contra él, puesto que Oliverio había caído en vuestras manos. Despues prorumpió en una carcajada, diciendo que para alguna cosa es buena la desgracia, pues por saber quién era aquel chico, dariais vos muchos miles de libras esterlinas si las tuviérais.

— Supongo no creerais que haya hablado formalmente, dijo Rosa palideciendo.  
— Yo os aseguro que sí, repuso Nancy moviendo la cabeza; Monks es persona que habla con mucha formalidad cuando aborrece, y si bien hay otros que dicen cosas peores, prefiero oír estas antes que escucharle á él. Pero ya se hace tarde, y es preciso que vuelva á casa antes que se aperciban de mi falta. Voy á marcharme al instante.

— Pero ¿qué puedo yo hacer? preguntó Rosa; sin vos, ¿cómo he de utilizar el aviso que acabais de darme? ¿Os vais! ¿Quereis pues volver entre esos bandidos que me habeis pintado con tan horribles colores? Esperad: en la habitacion inmediata hay un caballero á quien puedo hacer venir al momento: repetidme lo que acabais de decirme, y antes de media hora se os conducirá á un sitio donde estareis con toda seguridad.

— No, dijo la jóven, debo marcharme; es preciso que vuelva, porque... Pero ¿cómo he de decir semejantes cosas á una señorita tan virtuosa como vos? Me voy porque en medio de esos hombres de quienes acabo de hablaros hay uno... el mas terrible de todos, á quien no debo abandonar; á quien no abandonaré jamás, aun cuando hubiesen de arrancarme la miserable existencia que arrastro.

— Vuestra intervencion en favor de ese pobre niño, dijo Rosa, vuestra venida á esta casa, en la que os habeis presentado con riesgo vuestro para revelarme un secreto; vuestra actitud, que me hace creer en la sinceridad de vuestras palabras; vuestro arrepentimiento, y en fin, la conciencia que teneis de vuestra propia vergüenza, todo me induce á creer que aun queda algo bueno en vos. ¡Oh! yo os lo suplico, añadió Rosa con energía, juntando sus manos mientras las lágrimas inundaban su rostro; no os mostreis sorda á las súplicas de una persona de vuestro sexo, la primera, sí... la primera acaso que os ha dirigido palabras de bondad y conmiseracion. Escuchad mi voz y dejadme salvaros para el porvenir.

— Señorita, exclamó Nancy cayendo de rodillas, sois un ángel de dulzura, y esta es la primera vez que oigo palabras tan consoladoras. Mas ¡ay! ¡por qué no las habré oído algunos años antes! ellas me hubieran librado del vicio y de la desgracia, pero ahora ya es tarde, ya es demasiado tarde.

— Nunca es tarde, repuso Rosa, para el arrepentimiento y la expiacion.  
— ¡Oh! exclamó la jóven, presa de los tormentos de su conciencia, ¡es demasiado tarde! ¡Ahora no puedo ya abandonar! ¡No quiero ser causa de su muerte!

— ¿Cómo causariais su muerte? preguntó Rosa.  
— Nada podria salvarle, dijo Nancy; si yo dijera á otros lo que acabo de deciros, su muerte seria segura. ¡Es el... mas resuelto; y ha cometido tales atrocidades!

— ¿Es posible, exclamó Rosa, que por semejante hombre renunciéis á la esperanza de una vida mejor y á la certeza de veros inmediatamente libre? ¡Eso es una locura!  
— Será lo que querais; pero creed que no soy yo la única. Hay centenares de mujeres tan miserables y tan degradadas como yo. Ahora es preciso que me vaya; no sé si Dios querrá castigarme por el mal que he hecho... pero hay alguna cosa que me atrae á ese hombre, á pesar de los malos tratamientos que me hace sufrir, y aun cuando supiera que iba á matarme, no dejaria de volver á reunirme con él.

— ¿Qué hacer? dijo Rosa; yo no debo dejaros marchar así.  
— Sí, señorita, debeis y me dejareis marchar, repuso la jóven levantándose; y no creo me detengais, pues me he fiado de vuestra bondad sin exigir un juramento como hubiera podido hacerlo.

— Entonces, ¿qué uso quereis que haga de vuestras revelaciones? preguntó Rosa. Es preciso penetrar ese misterio, pues de otro modo, ¿cómo quereis que sea útil á Oliverio el secreto que acabais de revelarme?  
— Supongo tendreis alguna persona de confianza, algun amigo que os aconseje.

— Pero ¿dónde podré veros en caso de necesidad? preguntó Rosa; yo no quiero saber dónde viven esos hombres horribles...  
— Pues bien, replicó Nancy; ¿quereis prometerme guardar fielmente el secreto, y venir sola, ó acompañada de vuestro confidente, al sitio que os indique, con la condicion de que nadie me siga ó vigile?

— Os lo juro, contestó Rosa.  
— Todos los domingos por la noche, dijo la jóven sin vacilar, de once á doce, me pasearé por el puente de Lóndres, si vivo todavía.

— Esperad un instante, interrumpió Rosa, viendo que la jóven iba á salir. Reflexionad una vez mas sobre vuestra situacion y sobre la oportunidad que se os presenta de salir de ella. Teneis derecho á todas mis simpatías, no solo porque habeis venido espontáneamente á comunicarme un secreto, sino porque sois una mujer casi irrevocablemente perdida. ¿Quereis aun volver á reunirnos con esa banda de ladrones, y sobre todo, con ese hombre, cuando una sola palabra puede salvaros? ¿Cuál es el encanto irresistible que os atrae á esa sociedad en la que arrastrais una vida de oprobio y de miseria? ¿Cómo, será posible que no encuentre en vuestro corazón la menor cuerda sensible! ¿No hallaré acaso nada que pueda arrancaros de esa terrible fascinacion?

— Cuando señoras tan hermosas y tan buenas como vos dan su corazón, replicó con firmeza Nancy, el amor puede arrastrarlas lejos, aunque tengan casa, numerosos amigos, admiradores y todo cuanto pueda seducirles. Pero cuando mujeres como yo, que no tienen mas asilo seguro que la tumba, ni otro amigo en la enfermedad ó la muerte que las criadas de un hospicio; cuando esas mujeres han entregado su impuro corazón á un hombre que hace con ellas las veces de padre y amigo, y cuando el amor de aquel hombre ilumina con un débil reflejo su miserable existencia, ¿quién puede esperar que se le abandone? Compadecednos, señorita, compadecednos por tener esta debilidad propia de una mujer; compadecednos porque un decreto terrible ha convertido en horribles sufrimientos lo mismo que debía ser nuestro consuelo y orgullo.

— Veamos, dijo Rosa despues de un instante de silencio, espero aceptareis un poco de dinero que os permita vivir honradamente... al menos hasta que nos veamos.  
— Ni un penique, repuso la jóven despidiéndose con la mano.  
— No rehuséis lo que quiero hacer por vuestro bien, dijo Rosa con acento de benevolencia. Quisiera seros útil en algo.

— El mejor medio para serme útil, repuso Nancy torciéndose las manos, seria arrancarme de un solo golpe la existencia. Esta noche he sentido mas que nunca mi oprobio, y ya seria alguna cosa no morir en el mismo infierno que he vivido. ¡Que el cielo os bendiga, amable señorita, y os colme de tanta felicidad como á mí me ha colmado de vergüenza!

Al pronunciar estas palabras, la desgraciada salió sollozando, y dejó á Rosa Maylie agobiada con el peso de aquella extraña entrevista; creíase juguete de un sue-

ño, y dejándose caer en una silla, trató de coordinar sus confusas ideas.

XLI.

Rosa, preciso es confesarlo, se hallaba en una situacion sumamente difícil. Al mismo tiempo que experimentaba el desec de rasgar el tenebroso velo que envolvía la historia de Oliverio, érale preciso guardar religiosamente el secreto que aquella miserable mujer, con la que acababa de hablar, había confiado á su inocente y cándida fe.

Las palabras de Nancy y sus maneras, inspiraban compasion á Rosa, y el deseo de atraer al arrepentimiento y la esperanza á la desgraciada jóven confundíase en su corazón con el amor, no menos ardiente y sincero, que había consagrado á Oliverio Twist.

Habían resuelto permanecer tres días en Lóndres antes de ponerse en camino para ir á pasar algunas semanas en un puerto de mar lejano. Era el primer día é iban á dar las doce de la noche. ¿Qué determinacion tomar en el espacio de veinte y cuatro horas? Y por otra parte, ¿cómo retardar el viaje sin excitar sospechas?

El doctor se hallaba con Rosa y su tia, é iba á permanecer con ellas los dos días siguientes; pero la jóven conocia demasiado bien el carácter impetuoso y violento de aquel excelente amigo, y no se le ocultaba cuál seria su cólera al oír los detalles sobre el robo de Oliverio. Además, ¿cómo confiarle aquel secreto, no teniendo nadie para auxiliarla en favor de la pobre mujer? Eran todos estos motivos para tomar las mas minuciosas precauciones antes de confiar nada á la señora Maylie, que no hubiera dejado de conferenciar al momento con el doctor.

En cuanto á tomar consejo de un jurisconsulto, no había que pensar en ello por las mismas razones. Por un momento tuvo la idea de hablar á Enrique, pero este pensamiento despertó el recuerdo de su última entrevista, y no creyó propio de su dignidad volver á llamarle, puesto que acaso la habría olvidado, consiguiendo vivir feliz sin ella. A esta última reflexion sus ojos se llenaron de lágrimas.

Agitada por todas estas reflexiones, y desechando cada medio á medida que se ofrecia á su espíritu, Rosa pasó la noche sin dormir, presa de la mayor inquietud. Al día siguiente, despues de haber reflexionado mucho y no sabiendo qué hacer, decidióse á consultar á Enrique.

Si le es penoso volver aquí, pensó Rosa, mas penoso será para mí verle. Pero ¿querrá venir? puede que no. ¿Quién sabe si se contentará con escribirme? ó aun suponiendo que venga él mismo, ¿quién me asegura que no tratará de evitarme como lo hizo á su marcha? Jamás lo hubiera esperado; pero acaso haya sido mejor para los dos.

En aquel momento Rosa dejó caer su pluma y se volvió como si temiera que viese sus lágrimas el papel que iba á ser el fiel mensajero de su secreto.

Ya había dejado la pluma varias veces y pensado la primera línea de su carta sin escribir una palabra, cuando Oliverio, que se había paseado por las calles en compañía de Giles, entró de pronto en el cuarto casi sin aliento. Su agitacion parecia precursora de una nueva alarma.

— ¡Dios mio! ¿qué ocurre? ¿por qué ese aire trastornado? preguntó Rosa saliendo á su encuentro.

— Yo no sé, pero parece que me ahogo, replicó Oliverio. ¡Dios mio, cuando pienso que al fin vais á tener la prueba cierta de que es verdad todo cuanto os he dicho!

— Nunca creí lo contrario, dijo Rosa tratando de calmarle; pero ¿qué ocurre, de quién quereis hablar?

— ¡Ah, de ese caballero! ya sabeis... dijo Oliverio, articulando apenas las palabras, del señor Brunlow, de quien hemos hablado con tanta frecuencia...

— ¿Dónde le habeis visto?

— Bajaba del coche, replicó Oliverio vertiendo lágrimas de alegría, y entraba en una casa. No he podido hablarle porque no me veía, y yo temblaba de tal modo que me sentí sin fuerzas para llegar hasta él. Pero Giles ha preguntado si era allí donde vivía, y han contestado afirmativamente. Mirad, añadió Oliverio desdoblando un pedazo de papel, he aquí sus señas... Me iré corriendo. ¡Oh, Dios mio, Dios mio, al pensar que voy á verle y escuchar su voz, no sé lo que me pasa!

Absorta Rosa con aquellas palabras y exclamaciones incoherentes, leyó las señas escritas en el papel, que eran: *Craven Street, Strand*, y prometióse utilizar aquel descubrimiento.

— Vamos pronto, dijo Rosa; que vayan á buscar un coche, y entre tanto preparaos para acompañarme, que yo estaré dispuesta al instante. Voy á decir á mi tia que salimos por una hora.

Oliverio no se hizo repetir la orden dos veces, y en menos de cinco minutos, Rosa y él se hallaban en camino para Craven Street. Cuando hubieron llegado, Rosa dejó á Oliverio en el coche bajo el pretexto de preparar al anciano á recibirle, y enviando su tarjeta con el criado solicitó ver al señor Brunlow para hablar de negocios urgentes.

El criado volvió á poco para decir que subiese, y condujo á Rosa al piso principal, donde fué presentada á un caballero anciano de agradable aspecto, que vestia un traje verde botella.

A poca distancia de este hallábase otro anciano, cuyo exterior no era tan simpático. Llevaba polainas y calzon



de nankin, y tenia las manos apoyadas en un grueso baston, sobre cuyo puño descansaba la barba.

— ¡Ah, Dios mio! os ruego me dispenseis, señorita, dijo el anciano del traje verde botella, levantándose apresuradamente y saludando con la mayor cortesía... yo creí que era algun importuno que... os ruego que me dispenseis. Sentaos, señorita.

— Supongo que sois el señor Brunlow, dijo Rosa mirando alternativamente al anciano del pantalon de nankin y al del traje verde botella.

— Ese es en efecto mi nombre, señorita; este caballero es mi amigo Grimwig. Grimwig, ¿quereis dejarnos un momento solos?

— Yo creo, interrumpió Rosa, que en las actuales circunstancias, puede asistir este caballero á nuestra entrevista, toda vez que, segun tengo entendido, conoce ya el asunto de que vengo á tratar.

Brunlow hizo una inclinacion de cabeza, y Grimwig, levantándose con la rigidez de un autómatas, saludó, y volvió á dejarse caer á plomo sobre su silla.

— Segura estoy que voy á sorprenderos, dijo Rosa, naturalmente intimidada; pero habeis mostrado ya mucha bondad y benevolencia hácia un muchacho á quien aprecio mucho y estoy cierta que os interesará recibir noticias suyas.

— ¡Ah, bah! exclamó Brunlow.

— Se trata de Oliverio Twist, replicó Rosa; ¿habeis sabido cómo?...

Apenas hubo pronunciado Rosa el nombre de Oliverio Twist, cuando el señor Grimwig, que aparentaba estar absorto en la lectura de un libro *in folio*, lo cerró con gran ruido, é inclinándose sobre el respaldo de su silla, mostró su semblante, en el que se pintaba el mayor asombro.

Durante algun tiempo permaneció con los ojos fijos; pero despues, como si se avergonzara de revelar una gran emocion, hizo un esfuerzo, por decirlo así, convulsivo para volver á su primera postura, y mirando de frente dejó oír un silbido serdo, que en vez de extenderse por el espacio, fué á morir en las mas secretas profundidades de su estómago.

El señor Brunlow no quedó menos sorprendido, pero su asombro no se dió á conocer de una manera tan ex-céntrica, y aproximando su silla á la de Rosa le dijo:

— Os ruego, mi apreciable señorita, que dejeis á un lado esa benevolencia de que me habláis, y que todos ignoran. Si teneis pruebas que puedan modificar la desfavorable opinion que tengo formada de ese pobre muchacho, ¡en nombre del cielo, dádmelas pronto!

— Es un solemne tunante, apostaría á que es un solemne tunante, murmuró entre dientes Grimwig, im-pasible como un ventrílocuo.

— Es un alma noble y generosa, replicó Rosa ruborizándose, y el Señor, que ha juzgado oportuno someterle á pruebas superiores á sus fuerzas y á su edad, ha puesto en su corazon sentimientos que honrarian á personas que tienen seis veces mas años que él.

— Yo no tengo mas que sesenta y un años, señora, repuso Grimwig, siempre impasible; y á no ser que el diablo ande en ello, vuestro Oliverio no tiene menos de doce años, por lo cual no veo á quién pueda aplicarse esa observacion.

— No hagais caso de mi amigo, señorita, repuso Brunlow; no sabe lo que se dice.

— ¿De veras? murmuró Grimwig.

— No, no lo sabe, dijo Brunlow levantándose con impaciencia.

— Apostaría á que sí lo sabe, volvió á replicar Grimwig.

— Entonces mereceria que le rompiesen la cabeza, replicó Brunlow.

— ¡Ah! eso sí que seria curioso de ver, contestó Grimwig dando un bastonazo en el suelo.

Llegados á este punto, los dos viejos amigos tomaron un polvo de rapé, y siguiendo su invariable costumbre, diéronse un apretón de manos.

— Ahora, señorita, dijo Brunlow, volvamos al objeto que tanto interesa á vuestro buen corazon. Dignaos referirme lo que sepais del pobre chico, y permitidme deciros antes, que yo agoté todos los medios de descubrirle, y que desde mi ausencia de este pais, se ha modificado mucho la idea que tenia formada de él.

Rosa, que habia tenido tiempo de coordinar sus ideas, refirió sencillamente en pocas palabras todo lo sucedido á Oliverio desde que abandonara la casa de Brunlow, reservándose sin embargo decir nada acerca de las revelaciones de Nancy, y terminó asegurando que la única pena del chico despues de tantos meses, era no poder encontrar á su antiguo bienhechor y amigo.

— ¡Dios sea loado! exclamó el anciano, es una gran felicidad gara mí, verdaderamente una felicidad; pero aun no me habeis dicho dónde se halla, señorita. Dispensadme la reprension, mas ¿por qué no haberle traído?

— Espera á la puerta en un coche, contestó Rosa.

— ¡A mi puerta! exclamó el anciano.

Y precipitándose fuera de la habitacion, bajó apresuradamente la escalera y se halló en un momento á la portezuela del coche.

Apenas se hubo cerrado la puerta de la sala, alzó Grimwig la cabeza, y recostándose en el respaldo de su silla hizo girar á esta tres veces sobre uno de sus piés, ayudándose con la mesa y el baston. Despues de ejecutar esta maniobra, levantóse, y dando diez ó doce vueltas por el cuarto, detúvose de pronto delante de Rosa, y la abrazó sin mas ceremonia.

— ¡Chut! murmuró al ver á Rosa alarmarse por aquel extraño proceder, no tengais miedo, hija mia; por mis

años podria ser ya vuestro abuelo, vos sois una hermosa niña y yo os amo. Ya están aquí.

En efecto, en el momento en que por una hábil conversion de izquierda á derecha, volvía el anciano á sentarse en su silla, apareció Brunlow acompañado de Oliverio, al cual hizo Grimwig una amable acogida. Aun cuando Rosa Maylie no hubiese recibido otra recompensa por sus cuidados por el chico que la felicidad que experimentó en aquel instante, hubiérase creído suficientemente pagada.

— Pero el caso es, que aun hay una persona á quien no debemos olvidar, dijo Brunlow tirando de la campanilla. Que venga la señora Bedwin.

La anciana ama de gobierno acudió presurosa, y despues de hacer una reverencia, detúvose en la puerta, esperando órdenes.

— Vamos, cada dia estais mas ciega, señora Bedwin, dijo Brunlow con tono brusco.

— Sí, señor, repuso la anciana; á mi edad no se mejora la vista.

— No es nada nuevo lo que nos decís, replicó Brunlow; vamos, poneos los anteojos, y veamos si adivinais para qué os he mandado venir.

La anciana comenzó á registrar su bolsillo para buscar los anteojos; pero Oliverio, en su impaciencia, no pudo esperar á que se hiciese aquella prueba, y obediendo á su primer impulso, precipitóse en sus brazos.

— ¡Dios me perdone! exclamó la anciana abrazándole; es mi querido niño.

— ¡Oh, mi buena amiga! murmuró Oliverio.

— Ya sabia yo que volveria, dijo la anciana estrechando al chico entre sus brazos. ¡Qué buen aspecto tiene! Diríase al verle tan bien vestido que es un caballero. ¿Dónde habeis estado este tiempo? Siempre la misma dulzura de fisonomía, pero menos pálido; la misma expresion en los ojos, pero menos tristes. ¡Ah, nunca he olvidado sus facciones ni su amable sonrisa, y siempre se me figuraba verle al lado de mis pobres hijos, ya muertos! ¡Yo era entonces jóven!

Así diciendo, la pobre anciana examinaba á Oliverio y estrechábale en sus brazos, llorando silenciosamente con la cabeza apoyada sobre el hombro del chico.

Brunlow dejando á la señora Bedwin y á Oliverio hablar á sus anchas, pasó á otra habitacion, donde le refirió Rosa todos los detalles relativos á su entrevista con Nancy, detalles que le causaron tanta sorpresa como inquietud. Rosa explicó por qué en el primer momento no quiso confiar el secreto á Losborne, y Brunlow, juzgando que habia obrado con prudencia, resolvió en el acto tener una conferencia con el digno doctor sobre aquel punto. Queriendo poner en ejecucion su proyecto lo mas pronto posible, decidióse á ir á la mañana siguiente á casa de la señora Maylie, á quien se informaría con precaucion de todo cuanto pasase. Arreglados estos preliminares, Rosa y Oliverio volvieron á su casa.

Rosa no se habia exagerado en manera alguna la cólera probable del buen doctor, pues apenas se le hubo referido la historia de Nancy, cuando empezó á profetizar terribles amenazas é imprecaciones, jurando que iria á buscar á Blathers y Duff. Despues púsose el sombrero para llevar á cabo su propósito, y es probable que en el primer momento hubiera puesto su plan en ejecucion sin reflexionar siquiera en las consecuencias, á no haberle detenido, por una parte la diestra de Brunlow, tan fuerte y tan irascible como él, y por otra la série de argumentos y razones encaminados á que desistiese de semejante locura.

— Entonces, ¿qué diablos hemos de hacer? exclamó el impetuoso doctor cuando estuvieron presentes las señoras. ¿Quereis acaso que votemos una accion de gracias para esa cuadrilla de ladrones y ladronas, rogándoles que se dignen aceptar cada uno cien libras esterlinas ó todo lo que querais, como una pequeña prueba de nuestro aprecio, y una débil muestra de reconocimiento por su benevolencia hácia Oliverio?

— No, no, yo no digo eso, replicó Brunlow sonriendo; pero es preciso obrar con dulzura y prudencia.

— ¡Con dulzura y prudencia! exclamó el doctor; yo empezaria por enviar á todos esos bribones á...

— Enviadles donde querais, interrumpió Brunlow; pero lo primero es saber si enviándoles donde decís alcanzaremos nuestro objeto.

— ¿Qué objeto? preguntó el doctor.

— ¿Podremos conocer á los parientes de Oliverio? ¿Será posible hacerle recobrar su herencia, admitido que esa historia sea verídica?

— ¡Ah! es cierto, dijo Losborne pasándose el pañuelo por la frente para refrescarse. Ya no pensaba en ello.

— ¡Ya lo veis! continuó Brunlow; dejemos á un lado á esa pobre muchacha si quereis, y supongamos que nos sea posible, sin comprometerla, hacer que la justicia se apodere de todos esos ladrones, ¿qué habremos conseguido?

— Ahorrar algunos de ellos y deportar á los demás.

— ¡Muy bien! replicó Brunlow sonriendo; pero con el tiempo volverán á verse libres, y entre tanto, si les prevenimos, haremos el Quijote, en oposicion directa con nuestros intereses, ó lo que es lo mismo con los de Oliverio.

— ¿Cómo? preguntó el doctor.

— Claro está que ha de costarnos un trabajo im-probo profundizar ese misterio mientras no quitemos la máscara á ese Monks; pero no podemos hacer esto sino por medio de una estratagema, cogiéndole un dia que se halle solo y no reunido con esos bribones. De no ser así, supongamos que se le detenga: como no tenemos pruebas contra él, y como no ha tomado parte, al menos que sepamos, en ninguno de los crímenes cometi-

dos por esa cuadrilla de ladrones, es probable que solo se le castigue con encerrarle en la cárcel como vago, y que mas tarde persistirá en su silencio, lo cual es para nosotros lo mismo que si fuese mudo, ciego ó idiota.

— ¡Pues bien! dijo el doctor con viveza, vuelvo entonces á preguntar si debemos creernos ligados por la promesa hecha á la jóven. Conozco que esa promesa se ha hecho con las mejores y mas leales intenciones, pero en realidad...

— Os ruego, señorita, dijo Brunlow viendo que Rosa iba á contestar, que no discutamos sobre este punto, pues vuestra promesa será fielmente guardada, sin que, á mi modo de ver, estorbe esto en nada nuestras combinaciones. Sin embargo, antes de disponer nuestro plan, será necesario ver á la jóven para saber si quiere darnos á conocer á ese Monks, en la inteligencia de que hablaremos directamente con él sin valernos para nada de la policía. En el caso de que no quiera ó no pueda darnos sus señas, la preguntaremos cuáles son los sitios donde concurre y cuál es su filiacion, á fin de que podamos reconocerle. Ahora bien, como no podremos ver á la jóven hasta el domingo y hoy es mártes, soy de opinion que hasta ese dia nos estemos quietos, guardando el mayor silencio sobre este punto, aun con el mismo Oliverio.

Aun cuando aquella dilacion de cinco dias hizo fruncir el ceño al doctor, no pudo menos de reconocer que aquel era el mejor partido que podia tomarse, y como Rosa y la señora Maylie eran del mismo parecer de Brunlow, la proposicion de este fué adoptada por unanimidad.

— Bien quisiera, dijo Brunlow, pedir consejo á mi amigo Grimwig, pues por mas que sea un hombre muy singular y redomado, podria servirnos. Debo decir que ha estudiado leyes, y si abandonó el foro fué por el disgusto que le causó no haber tenido en veinte años mas que un pleito. Vosotros podreis juzgar si este es ó no un título á vuestra recomendacion.

— No me opongo, con tal que se me permita consultar tambien á mi amigo, dijo el doctor.

— Muy bien, replicó Brunlow, se pedirán votos. ¿Quién es ese amigo?

— El hijo de esta señora, y antiguo amigo de la señorita, replicó el doctor, señalando á la señora Maylie y dirigiendo una expresiva mirada á Rosa.

La jóven se ruborizó, pero no hizo objecion alguna, acaso por juzgar de poca importancia su voto; y en consecuencia, Enrique Maylie y Grimwig fueron nombrados miembros del comité.

— Bien entendido, dijo la señora Maylie, que no nos moveremos de Lóndres en tanto que haya alguna esperanza de que tengan un buen resultado nuestras investigaciones. No ahorraré trabajo ni dinero para conseguir el objeto que nos proponemos, y aunque hubiera de permanecer aquí un año, no lo sentiria, mientras no se perdiese del todo la esperanza.

— ¡Bueno! repuso Brunlow; ahora que leo en todos los semblantes que me rodean el deseo de preguntarme en primer lugar por qué me ha sido imposible aclarar el misterio, y despues por qué me marché tan repentinamente del reino, voy á poner como condicion que no se me dirija ninguna pregunta hasta llegado el momento oportuno de explicarme, refiriendo mi propia historia. Creed que tengo poderosas razones para obrar así, pues de otro modo, podia despertar esperanzas imposibles de realizarse, ó aumentar las dificultades y los desengaños, ya tan numerosos. ¡Vamos! acaban de llamarnos para cenar, y Oliverio, que está solo en la habitacion inmediata, podria creer que nos cansamos de su compañía, ó que estamos fraguando alguna trama para abandonarle otra vez.

Al decir estas palabras, el anciano ofreció su brazo á la señora Maylie y la condujo al comedor, seguido por Rosa y Losborne.

## XLII.

Aquella misma noche en que cediendo Nancy á los impulsos de su corazon, se dirigia á casa de Rosa Maylie, despues que Sikes se hubo dormido, dos personas avanzaban en direccion á Lóndres por el grande camino del Norte. El relato de nuestra historia nos obliga á prestarles alguna atencion.

La pareja se componia de un hombre y una mujer, ó mas bien del macho y la hembra; porque el primero pertenecia á esa raza de seres largos, chupados, huesosos y flacos, cuya edad es un problema, pues durante su niñez parecen ya hombres formados que no han podido concluir de crecer, y cuando alcanzan la edad viril nadie cree ver en ellos mas que niños bastante crecidos para sus años. La mujer era jóven, pero fuerte y robusta, á juzgar por el enorme bulto que llevaba atado á la espalda. El equipo del hombre se reducía á un paquetito envuelto en un pañuelo viejo, que suspendido al extremo de un palo descansaba atravesado en su hombro. Gracias al poco peso del envoltorio y á la dimension prodigiosa de sus piernas, el viajero tomaba con facilidad la delantera á su compañera y de vez en cuando volvía la cabeza con un gesto de impaciencia, como reprendiéndola por su lentitud y animándola á apresurar el paso.

Así andaban por el camino lleno de polvo, sin fijarse en ninguno de los objetos que se les presentaban á la vista, y apartándose tan solo para ceder el paso á los carruajes que venian de la ciudad. Al llegar á Highgate, el viajero se detuvo y gritó con tono brusco á su compañera:



— ¿Qué hacemos? no puedes andar, Carlota; ¿qué holgazanería es esa?

— Es que llevo mucho peso, dijo la mujer adelantándose rendida de cansancio.

— ¿Mucho peso? ¿Qué estás diciendo! ¿Conque decididamente no sirves para nada? repuso el viajero pasando al otro hombro el pequeño lio. ¡Hola! ya te paras otra vez... ¡Si te parecerá que aun no tengo motivo para impacientarme!

— ¿Tardaremos mucho en llegar? preguntó la mujer recostándose en un poyo, con la cara bañada en sudor.

— ¿Que si tardaremos? mira, dijo señalándole con el dedo una enorme mole que se divisaba enfrente de ellos. ¿ves aquella claridad? pues es el alumbrado de Londres.

— En ese caso faltan dos millas largas á lo menos, repuso la mujer con desaliento.

— Que falten dos ó que falten veinte, lo mismo da, refunfuó Noé Claypole (porque era él). ¡Ca! marchen, ó si no te prevengo que vas á recibir un puntapié.

Como la cólera ponía aun mas colorada la nariz de Noé, y como este á la vez que hablaba se iba adelantando con ánimo de poner en práctica su amenaza, la mujer se levantó sin chistar y empezó á caminar de nuevo pensosamente.

— ¿En dónde pasaremos la noche, Noé? preguntó despues de haber andado unos cien pasos.

— ¿Lo sé yo acaso? replicó Noé cada vez mas irritado.

— Supongo que será cerca.

— No, pardiez, no será cerca; quitate esa idea de la cabeza.

— ¿Por qué?

— Porque debe bastarte que yo te lo mande, y procura no fastidiarme mas con tanto *por qué*, gritó Claypole irguiendo su privilegiada talla.

— No hay motivo para incomodarse, dijo Carlota.

— ¡Vaya una idea chistosa! ¿Quieres pararte en el primer meson que se nos presente? ¿No comprendes que si el señor Sowerberry nos persigue, no tendrá mas trabajo que meter su vieja nariz por la puerta para sorprendernos ocultos en cualquier rincon, y hacernos conducir atados á su casa? No, por ningun estilo; me internaré por las calles mas oscuras, sin pararme hasta encontrar un tabuco que me ofrezca la mas completa seguridad. ¡Qué fortuna para tí, amiga, que yo tenga suficiente caletre para ambos! A no haber emprendido desde un principio un camino distinto para venir á encontrar luego este á través de los campos, ya hace ocho dias que estarias enjaulada, imbécil; no te digo mas.

— Ya sé que eres mas experimentado que yo; pero no veo una razon para encajarme toda la responsabilidad, diciéndome que yo estaria bajo llave. Ya sabes que nos hubieran enjaulado á los dos; esto es seguro.

— Dime; ¿no has tomado tú sola el dinero del cofrecito? observó Claypole.

— Pero lo he tomado para tí, Noé, replicó Carlota.

— ¿Acaso está en mi poder? preguntó Claypole.

— No, tienes suficiente confianza en mí para permitir que yo lo lleve, y eso prueba que eres un buen muchacho, dijo la mujer acariciando la barba de Noé y cogiéndose de su brazo.

Efectivamente Claypole habia dejado el dinero en poder de Carlota; pero es preciso añadir que no lo hizo porque tuviese la costumbre de fiarse á ciegas de persona alguna, hagámosle justicia; habia calculado que



Carlota Patti.



EXPOSICION UNIVERSAL. — El café del pabellon egipcio.

en caso de sufrir un arresto, era mejor que encontrar encima de ella la prueba de su delito, quedando él libre de toda responsabilidad: como el lector comprenderá, nuestro hombre se abstuvo de decir la menor cosa que pudiera descubrir su plan, y siguieron su camino con mejor armonía que hasta entonces.

Consecuente con su sistema de prudencia, Claypole de un tiron anduvo hasta Islington, donde está el meson del Angel, y juzgando con razon, al ver la multitud de transeuntes y de carruajes, que se encontraban en el verdadero Londres, no se detuvo mas tiempo que el preciso para observar hácia dónde estaban las calles mas concurridas y que naturalmente le convenia evitar; una vez orientado atravesó Saint-John's Road y se introdujo por entre Gray's Inn Lane y Smithfield en las tortuosas y sucias callejuelas que constituyen en aquel barrio el refugio mas asqueroso que hasta ahora ha resistido en la ciudad de Londres á los progresos de la civilizacion.

(Se continuará.)

## Carlota Patti.

Las dos hermanas Adelina y Carlota Patti, parecen haberse repartido en nuestra época el dominio del canto: á la una el teatro, á la otra los conciertos; á entrambas los triunfos mas legítimos, las ovaciones mas justificadas. Si Adelina se ha mostrado con mas brillo en razon al lugar en que se presentaba al público, en esa escena donde la fama se conquista con tanta rapidez, en una noche, Carlota que por un leve defecto físico no puede seguir la carrera teatral, se ha hecho célebre en los conciertos. La edad de ambas hermanas es la misma con poca diferencia: Adelina nació á un año de distancia de su hermana. Hija de un padre y de una madre artistas, Carlota comenzó muy niña sus estudios. A los diez años tocaba bien el piano. Una vez terminados sus estudios de canto, que habia hecho bajo la direccion de Henri Herz, emprendió á veinte años su primera excursion artística con Thalberg, y luego recorrió toda la América. Al salir su hermana de los Estados Unidos, ella tomó su sucesion y cantó todo el repertorio en el teatro de la Academia de música de Nueva York. En 1863 vino á Europa y sus triunfos no fueron aquí menores que en América. Nada mas justo, pues posee una voz extraordinaria, una voz que comienza donde acaban las otras, igual, de hermoso timbre y prodigiosa elevacion, y á la

que parecen desconocidas las dificultades. Seria capaz de luchar con el violin de Sivori, y lucharía con una audacia, una precision y una seguridad sorprendentes. Así es que fácilmente se ha conquistado en Paris el favor del público. Los aplausos la han acompañado á todas partes. A la hora en que escribimos los recibe en Austria, y los mismos triunfos la esperan en una excursion que prepara por el Norte y el Este bajo la direccion de M. Ullmann y en compañía de Ketterer, Godefroid, Vieuxtemps y Batta.

M. S.

## El café

DEL PABELLON EGIPCIO  
en la

Exposicion universal.

Todo es aquí oriental, el café que se toma, las pipas que se fuman, los mozos que sirven, turcos incontestables, guapos, graves, corteses; en una palabra, es este un establecimiento que hace honor á los que le han instalado. Por lo demás, lo mismo sucede con este café que con lo restante de la exposicion egipcia; todo está hecho á la perfeccion, gracias á la ciencia y entendimiento de Mariette-Bey. No es este un sitio público y nada se vende en él: se entra con contraseñas que da la comision egipcia á quien las pide.

La sala es espaciosa, blanca toda ella, guarnecida de anchos divanes de tela rayada, alumbrada por altas ventanas, y esterada con estera fina. En el techo hay esculturas, de las cuales penden las lámparas. Tres mozos, con turbante blanco, zapatillas de taflete encarnado, faja de cachemira y delantal, presentan á cada visitante, el uno la pipa encendida, y los otros el café hirviendo en bonitas tacillas cónicas sobre un pié de metal cincelado. Hé ahí la verdadera hospitalidad musulmana. A la salida un negro abre la puerta saludando profundamente.

P. A. R.